

Asalto en Kanan III



Miguel Ángel Alonso Pulido Lectulandia

«UNA GOTA DE SUDOR CAYÓ POR SU NUCA, A PESAR DE LA CLIMATIZACIÓN DE LA ARMADURA. CUANTO MÁS LO PENSABA, MÁS SEGURA ESTABA: SI NO ESCAPABAN DE AQUELLA BASE, Y PRONTO, MORIRÍAN».

Kanar III es solo un pequeño mundo desértico sin importancia, ideal para establecer una base secreta de la Legión. Pero cuando se pierden todas las comunicaciones con esa instalación, la responsabilidad de averiguar qué ha pasado recae en los hombros de Carmela Engert y Uri Rys.

Acompañados de una escuadra táctica de legionarios, pronto descubren que lo que acecha en los niveles inferiores de la base es mucho más peligroso de lo que jamás habrían sospechado y lo que parecía una sencilla misión se convierte en una lucha desesperada por sobrevivir.

Lectulandia

Miguel Ángel Alonso Pulido

Asalto en Kanar III

ePub r1.0

Titivillus 06.03.2019

Título original: *Asalto en Kanar III*
Miguel Ángel Alonso Pulido, 2016
Diseño de cubierta: Algol

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Nota del editor digital

El autor clasifica su obra de la siguiente manera:

Novelas de Chaka Gutionov

- *La cosmonave perdida*
- *Traición en el Gran Consejo (La amenaza treyana 1)*
- *Proyecto Armagedón (La amenaza treyana 2)*
- *Prisioneros del futuro (La amenaza treyana 3)*
- *La guerra del ayer (La amenaza treyana 4)*

Novelas de Carmela Engert

- *Código negro*
- *Asalto en Kanar III*

Relatos cortos e independientes

- *Un frescor inconfundible*
- *El encuentro*
- *La puerta*
- *Despierto*
- *Tierra quemada*

Segunda nota del editor digital

Los sucesos narrados en esta novela ocurren unas semanas después de la finalización de la novela *Código Negro*, de este mismo autor.

Se recomienda leer *Código Negro* antes de comenzar *Asalto a Kanar III*.

Carmela Engert se ajustó la chaqueta de su uniforme de legionaria y después se recogió el pelo negro haciendo una coleta. Tras un último gesto de aprobación ante el espejo, salió de su habitación en la cosmonave *Conquistador* y fue hacia el ascensor que le llevaría al puente de mando. Su turno no comenzaba hasta las nueve horas, así que tenía tiempo de sobra. Como cada día, se había despertado a las seis de la mañana para poder realizar su entrenamiento físico durante una hora, ducharse y luego dedicar otra hora al estudio; solo después de haber cumplido con esa rutina, se permitía desayunar y prepararse para la jornada.

Así le había enseñado su padre, Alistair Engert, y así lo había hecho siempre que podía desde su graduación en la Academia de la Legión. Gracias a todo ese esfuerzo y trabajo, ahora tenía el rango de teniente y formaba parte de la dotación de una cosmonave clase *Galaxia*, un destino reservado solo para los mejores.

Mientras caminaba hacia el ascensor, saludaba con la cabeza o un escueto «Buenos días» a los legionarios con los que se iba cruzando. La *Conquistador* tenía una tripulación de algo menos de trescientos seres de las más variopintas especies de la Unión Galáctica de Planetas y Carmela conocía a todos y cada uno, aunque eso no significaba que se relacionara con ellos. Aquel no era su objetivo.

Las puertas del ascensor se deslizaron a los lados con un suave silbido. Dentro de la cabina, un alienígena fontiano de piel húmeda y escamosa observó a Carmela a través de unas gafas protectoras colocadas sobre sus ojos sin párpados ni pupila.

—Hola, Uri —dijo la legionaria mientras entraba en el ascensor—. No sabía que ya te habían dado el alta.

—Buenos días, Carmela —respondió el alienígena, el también teniente Uri Rys—. La doctora Foster ha considerado que estaba apto para volver al servicio y me ha ordenado presentarme a primera hora ante el comandante Elliot. Hoy es el primer día que retomo mis actividades después del accidente en la lanzadera.

Suspirando, la legionaria cruzó las manos a su espalda y miró al frente. Aquel «accidente en la lanzadera» era la tapadera que habían utilizado para las heridas sufridas por Uri en el código negro en el que habían participado unas semanas atrás. Los dos legionarios se habían infiltrado en la región ártica de un planeta fuera del espacio de la Unión, con el objetivo de destruir la base de un peligroso grupo de contrabandistas. Durante la misión, habían rescatado a otro legionario infiltrado, Brando Rokeni, y juntos habían logrado acceder al sistema informático de la base y copiar los datos antes de hacerla saltar por los aires. Todos habían terminado heridos, pero Uri se había llevado la peor parte.

—Me alegro que estés bien —dijo Carmela.

—Mis heridas no eran mortales, tan solo necesitaba tiempo y cuidados médicos para recuperarme. Aun así, considera tu alegría apreciada en lo que vale.

Haciendo un esfuerzo inútil para ocultar una sonrisa, la legionaria miró a su compañero, cuyos ojos grisáceos le devolvieron la mirada a través de las gafas protectoras.

—No puedo decir que echase de menos tus alegres comentarios, pero me aguantaré. Además, ahora que ya estás recuperado, podremos conversar con Elliot de lo que pasó.

—¿Estás segura? Después de presentar nuestro informe, no creo que tengamos nada que hablar con el comandante de... aquello.

La sonrisa desapareció del rostro de Carmela y sus labios formaron una fina línea.

—Tonterías —susurró—. Cumplimos el código negro, pero hay muchas preguntas para las que no tenemos respuestas.

—Puede que no debemos conocer esas respuestas —dijo Uri—. Somos legionarios, hacemos lo que nos ordenan.

—Cierto, pero la Legión es mejor que eso; no somos un puñado de máquinas sin emociones que se limita a cumplir órdenes.

—¿Y no es cumplir las órdenes el fundamento sobre el que descansa todo el sistema? Nosotros cumplimos las órdenes de nuestros superiores, que a su vez las reciben del Alto Mando de la Legión, que a su vez las recibe del Gran Consejo. Si dejamos de hacerlo ¿no estamos traicionando a la Legión?

Carmela abrió la boca para hablar y la volvió a cerrar mientras parpadeaba varias veces. Entonces, golpeó con su puño en el hombro de Uri, haciendo temblar al fontiano.

—Ya recuerdo por qué me caías tan mal. —Las puertas del ascensor se abrieron, mostrando el pasillo que llevaba al puente de mando—. Cuando te vuelves tan lógico, eres insoportable.

La legionaria salió del ascensor dejando atrás al fontiano, que separó exageradamente los labios dejando al descubierto su dentadura, compuesta por decenas de colmillos puntiagudos, en un remedo de sonrisa.

—Si soy insoportable, ¿por qué continúas hablándome?

—Ni yo misma lo sé —dijo Carmela, alzando una mano y mostrando el dedo medio mientras caminaba sin detenerse.

Uri entró tras ella en el puente de mando, siempre manteniendo aquella «sonrisa»; aquellos legionarios de servicio en el puente que le conocían menos abrieron los ojos sobresaltados ante aquel gesto, que podía resultar bastante intimidante.

El puente de mando era una habitación rectangular de cincuenta metros cuadrados, en cuyo frontal había una gran pantalla holográfica en la que se reproducían las imágenes de las cámaras externas. En este caso, dado que estaban viajando por el espacio hiperlumínico, era un reflejo distorsionado del espacio exterior en el momento de saltar al limbo. Varias mesas con diferentes terminales

permitían controlar todas las funciones de la *Conquistador*. En todo momento, una docena de legionarios trabajaba en aquella habitación, a las órdenes del capitán de guardia o el propio comandante de la nave.

Carmela caminó hacia un hombre de piel oscura, grande y algo obeso, que estaba revisando unas lecturas sentado en una silla antigraavitatoria.

—Buenos días, capitán Krakowsky, me presento para el servicio.

El hombre alzo la vista; la barba y pelo canosos, casi blancos, contrastaban con la oscura piel. Con un gesto sobre uno de los reposabrazos, la silla giró y se movió hasta quedar frente a la legionaria.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no es necesario que te reportes ante mí al entrar en tu turno? —La sonrisa de Néstor Krakowsky era contagiosa y Carmela no pudo evitar sonreír a su vez—. Los otros capitanes pueden estar a gusto con el protocolo, pero yo ya soy demasiado viejo para que me importe.

—Tonterías, señor —dijo Carmela—. Usted nos retirará a todos.

—¡Ni loco! —El grito de Krakowsky hizo que algunos legionarios del puente levantaran la cabeza de sus terminales—. En tres o cuatro años pienso retirarme a algún planeta turístico como Ispal y pasar el resto de mis días tomando zumo de Kono mientras me baño en aguas termales.

—Un plan excelente, capitán —dijo Uri, que se había acercado a ellos—, pero le recomiendo que no abuse de las aguas termales. Las especies mamíferas como la suya no están tan adaptados como yo.

—Ya era hora de que te recuperases, Rys. —Krakowsky manejó la silla antigraavitatoria para colocarse delante del fontano y le ofreció la mano, que el alienígena estrechó tras un momento de duda—. Me alegro de tenerte de vuelta, teniente.

—Muchas gracias, capitán.

—El comandante Elliot preguntó por ti a primera hora. Lo encontrarás en su cabina —dijo Krakowsky, señalando una puerta en la pared—. Pasa con él, Carmela. Os espera a los dos.

La legionaria abrió los ojos, sorprendida.

—¿Perdón, señor?

La sonrisa de Néstor Krakowsky se convirtió en una mueca socarrona.

—No te hagas la tonta ahora, ¿o te crees que habéis coincidido aquí por casualidad? Seguro que quiere comentar con vosotros el accidente de la lanzadera cuando estábamos cerca de la frontera con el Imperio Oyate. —Krakowsky sujetó su barbilla con índice y pulgar—. Fue una afortunada coincidencia que pudierais rescatar antes a aquel legionario... ¿cómo se llamaba?

—Brando Rokeni, capitán —dijo Uri.

—Era una pregunta retórica, muchacho. —Krakowsky manejó la silla para separarse de ellos y dejarles paso libre—. Ahora meteos ahí dentro, no hagáis esperar a vuestro comandante.

La puerta de la cabina del comandante se abrió y los legionarios entraron en la espartana habitación. Un sillón de cuero, en el que estaba sentado el comandante Gillan Elliot, y una mesa con una pantalla y un *pad* eran los únicos muebles de la estancia, que tenía otra puerta que daba acceso al camarote privado del comandante. Todo en la habitación denotaba funcionalidad, exceptuando un objeto: una especie de holograma bidimensional —*pintura* era el nombre de aquel objeto, recordó Carmela— que representaba a un joven granjero mirando un horizonte desértico bajo la luz de dos soles. Aquella *pintura* era algún tipo de herencia familiar del comandante. Una taza ya vacía sobre la mesa era la responsable del leve olor a café en la habitación.

Los legionarios asumieron la posición de firmes ante su superior y este terminó de examinar algo en su *pad* antes de levantar la cabeza. Aunque Gillan Elliot era un hombre ya mayor, el rostro impecablemente afeitado disimulaba en cierto modo su edad y sus ojos verdes no habían perdido su viveza. Se levantó de la mesa y se ajustó la chaqueta tirando de ella hacia abajo con las dos manos, un gesto que Carmela conocía muy bien, al igual que el resto de legionarios de la *Conquistador*.

—Legionario Uri Rys presentándose al servicio, señor —dijo el fontiano.

—No seas tan formal, Uri —dijo Elliot, acercándose a ellos—. Considérate presentado al servicio, y además justo a tiempo.

—¿A qué se refiere, señor? —Uri inclino la cabeza.

—Os lo contaré en un momento, antes quería felicitaros por el trabajo que realizasteis en la base del Puño Cuántico. —El comandante se apoyó sobre la mesa—. Mi agradecimiento es lo único que vais a recibir y quería dároslo en persona.

—Señor, sobre esa misión... tengo algunas preguntas —dijo Carmela.

—Que no dudes que respondería si pudiese, Carmela, pero mis labios están sellados. He pasado vuestro informe a instancias superiores y allí quedará.

—¿Y toda la información que conseguimos del ordenador de la base? —dijo Uri.

—No puedo entrar en detalles, pero te puedo asegurar que está en buenas manos. Me consta que miembros del Gran Consejo ya están investigando las ramificaciones en el Área de Planificación Alimentaria.

—Señor —interrumpió Carmela—, todo eso está muy bien, pero lo que de verdad me preocupa es cómo podía estar infiltrado Brando Rokeni en el Puño Cuántico y que nadie nos informara de ello.

El comandante cerró los ojos un segundo y expiró aire por la nariz.

—Sabía que me ibas a preguntar eso, porque yo también lo he hecho. Que un miembro del Escuadrón de Espionaje de la Legión estuviera infiltrado en la base era algo que debíamos haber sabido —dijo, entrelazando las manos—. He indagado a

través de los cauces oficiales y de alguno no tan oficial, pero la única respuesta que he recibido es el silencio... hasta hace unas horas.

Ambos legionarios redoblaron la atención ante las palabras de su superior.

—Hace cuatro horas, nos abordó una lanzadera tripulada por un capitán de la Legión con órdenes del Alto Mando. Como parte de esas órdenes, la *Conquistador* ha realizado un salto al espacio hiperlumínico con destino al sistema Kanar, al cual está previsto que lleguemos dentro de tres días. En cuanto al contenido de esas órdenes, creo que será mejor que os los explique ese mismo capitán. —Elliot tocó un botón de la mesa y activó el comunicador—. Krakowsky, ¿puedes localizar al capitán Rokeni y que venga a mi cabina?

—Cómo ordene, comandante —respondió Krakowsky a través del comunicador.

—Entiendo que ese capitán Rokeni es el mismo Brando Rokeni que rescatamos, señor —dijo Uri.

—En efecto y, por lo que me ha comentado el almirante Ranz, es uno de los miembros con más futuro del Escuadrón de Espionaje de la Legión —contestó Elliot.

Carmela mantuvo la vista fijada en la pared, sin decir nada.

—Estuvisteis juntos en la Academia de la Legión, ¿no es así, Carmela?

—Así es, señor, coincidimos en el primer ciclo de entrenamiento. —La legionaria se mantuvo inmóvil mientras hablaba—. Después de obtener el título de cadete, ingresamos ambos en Operaciones y nos graduamos en la Academia entre los primeros de la promoción.

—¿Quién quedó primero, Brando o tú? —preguntó Uri, inclinando la cabeza.

La legionaria apretó los labios durante unos segundos.

—Los dos obtuvimos un puntaje de 986, así que empatamos en el tercer puesto —dijo Carmela—. Después de la graduación, obtuve mi primer destino en el área de seguridad del *Sagitario* y le perdí la pista.

—Me parece notable que haya logrado el rango de capitán y tú sigas siendo teniente —dijo Uri.

Ya te daré yo luego notable, pensó Carmela.

—Hay más oportunidades para el ascenso en el Escuadrón de Espionaje que en una nave estelar —dijo Gillan—. No me cabe ninguna duda de que Carmela también sería una capitana si estuviese en otro destino más... movido.

—No hay ningún otro destino en el que quiera estar, señor —dijo la legionaria.

El comandante se cruzó de brazos mientras hablaba.

—No hace falta que lances piropos a esta nave, Carmela. Hace cinco años, como parte de la primera remesa de cosmonaves *Galaxia*, la *Conquistador* era uno de los mejores destinos de la Legión, pero ahora es solo una más dentro del grueso de la flota.

—Esta nave nunca será una más —dijo Carmela y el comandante sonrió.

—Me alegro que pienses así, pero los hechos son los que son. —Un ligero zumbido surgió de la puerta de la habitación—. En cualquier caso, creo que el capitán

Rokeni ya ha llegado. Adelante, capitán.

La puerta se abrió y un hombre vestido con el uniforme de gala de la Legión entró en la habitación. De piel color café y nariz aguileña, tenía el cabello negro rapado, con solo una leve sombra de cabellera sobre la cabeza; una sonrisa apareció en su cara cuando vio a Carmela y Uri.

—Capitán Brando Rokeni presentándose al servicio, señor —dijo, para después dirigirse a los legionarios—. Es un gusto veros de nuevo en circunstancias más agradables. Me alegro que estés recuperado por completo, pescado.

—Espero que te hayas recuperado de tu sordera también, mamífero —dijo Uri.

—Lo estoy, y puedo oírte, pescado.

—Estupendo, porque tenemos muchas preguntas que hacerte —dijo la legionaria.

—Hola a ti también, Carmela. Por cierto, gracias a ambos por salvarme la vida. En cuanto a las preguntas, no creo que pueda contestarte si se refieren al accidente con la lanzadera. Mi memoria no se ha recuperado tan bien como mi oído.

—Estoy segura de que tu memoria es tan buena como siempre...

—Ya es suficiente —interrumpió el comandante, mirando a los ojos a Carmela—. No vamos a volver a hablar de aquel episodio y lo pasado, pasado está. Ahora tenemos otra misión entre manos; el capitán Rokeni os explicará los detalles.

La legionaria se mantuvo inmóvil, mirando al frente, y durante unos segundos un silencio incómodo reinó en la habitación. Brando lo rompió carraspeando antes de hablar.

—Que la *Conquistador* fuese la cosmonave más cercana ha sido una afortunada coincidencia y eso me gusta, porque puedo contar con vosotros dos. Os he visto trabajar y sois muy buenos, así que os quiero conmigo.

»Iré al grano. Nos dirigimos al sistema Kanar, en cuyo tercer planeta hay una base de entrenamiento del Escuadrón de Espionaje. Hace cuatro días se perdió el contacto con ella y no ha habido ninguna comunicación desde entonces. Me han ordenado que investigue esa situación y vosotros me vais a ayudar.

—¿Nosotros tres seremos el equipo de salida, capitán? —preguntó Uri.

—Tendréis el apoyo de una escuadra táctica —dijo Gillan—. Os acompañarán una docena de legionarios armados y preparados para cualquier eventualidad y os brindaremos el apoyo necesario desde la *Conquistador*.

—Parece un poco excesivo, señor —dijo Carmela.

—No lo es, porque no somos los primeros en intentar averiguar qué ha pasado —dijo Brando—. La comandante Amira Hall del Escuadrón de Espionaje estaba viajando por el sector cuando se perdieron las comunicaciones. Desvió su cosmonave hacia el planeta para investigar y aterrizó en Kanar III hace cuarenta y ocho horas. No se ha vuelto a saber nada de ella desde entonces.

De nuevo, se hizo el silencio durante unos segundos en la habitación, pero en esta ocasión era mucho más ominoso.

—Creo que podéis imaginaros el resto. Vamos a bajar a Kanar III armados hasta los dientes y vamos a averiguar qué ha pasado.

—¿Se ha descartado motivos naturales? Ha habido otros casos de bases incomunicadas por causas como el aumento de la actividad de su estrella, por ejemplo —dijo Uri.

Brando clavó la mirada en el fontiano antes de contestar.

—La estrella de Kanar es estable y no se ha detectado ningún suceso cosmológico fuera de lo normal en el sector; sea lo que sea que haya ocurrido allí, ha tenido que ser algo muy gordo si ha podido retener a la mismísima Amira Hall. Ha sido mi maestra, así que hazme caso, pescado. Lo que haya ocurrido en Kanar III no tiene nada de natural.

Carmela repasó su equipo mientras esperaba sentada en la parte trasera de la lanzadera que los transportaba hacia Kanar III. No sabían qué se iban a encontrar en esta misión, así que en lugar de exotraje, los legionarios estaban equipados con armadura de combate. La legionaria revisó que la tuviera bien ajustada, con sus células de energía llenas, y su fusil láser en perfecto estado. Luego, comprobó el láser de mano que tenía guardado en una pistolera adosada al muslo; si las cosas se ponían feas, un arma pequeña era más útil para el combate cuerpo a cuerpo.

—Espero que no tenga que usar esa cosita, teniente —dijo uno de los legionarios del equipo de salida.

—¿Qué pasa, Quijano? —dijo Carmela, apuntando al legionario con el láser de mano—. ¿Crees que con este láser de mano no puedo matar a un mercenario kundiano?

—Claro que sí, siempre que el kundiano no dispare antes —dijo Quijano, alzando las manos y sonriendo—. Me refería a que si se ve obligada a usar eso, será porque estamos bien jodidos.

La legionaria se encogió de hombros y guardó el arma. Quijano era el sargento al mando de aquel grupo; musculoso, de pelo cano y apariencia engañosamente afable, Carmela lo había visto derribar a puñetazos a seres el doble de grandes que él. Con Quijano cubriéndolos, podían estar tranquilos.

Carmela apoyó la cabeza en la pared metálica detrás de ella y observó ausente a los legionarios que se apelotonaban en la bodega de carga, que habían dejado vacía para poder acomodarlos a todos. En una esquina, Uri estaba sentado con las piernas cruzadas y la cabeza agachada; el fontiano hacía eso antes de cada batalla para encomendarse a la madre oceánica, o algo parecido.

Cada uno tenemos nuestros pequeños ritos, pensó. Uri rezaba, ella comprobaba su equipo de manera obsesiva y Quijano hablaba con sus compañeros. En aquel momento, se había apartado de la legionaria y estaba conversando con Korax, un batán de piel azul llena de espinas, uno de los legionarios más fuertes de la *Conquistador*.

Los otros miembros del equipo de salida estaban ocupados con sus propios ritos. Yeray, un hombre grande con lentes, estaba leyendo en su *pad*; Sheetal, un gósporo con pico en lugar de boca, movía la cabeza de un lado a otro, observándolo todo y a todos; Narjan, Sachai, Irena y Cortés estaban sentados en el suelo jugando una partida de cartas, mientras que el resto del equipo, Garlan, Megann, John, Kirsten y Lydia hablaban entre ellos en voz baja o permanecían sentados en silencio.

Carmela terminó el examen de su equipo y se levantó, caminando entre los legionarios para llegar a la cabina de mando de la lanzadera. Abrió la compuerta y

entró en el habitáculo donde Brando Rokeni controlaba la pequeña cosmonave de manera experta. La pantalla holográfica mostraba un planeta anaranjado en su centro, que se agrandaba a ojos vista. En pocos minutos llegarían a la órbita.

—¿Qué tiene de especial ese planeta para que el Escuadrón de Espionaje haya instalado una base ahí? —dijo Carmela.

Brando alzó la cabeza y miró a la legionaria de reojo antes de volver la vista a los controles.

—La atmósfera de Kanar III es respirable, pero ahí acaban todas sus virtudes. Toda el agua del planeta se encuentra en los acuíferos subterráneos y su superficie es un infierno que oscila entre un desierto abrasador y un páramo desolado, con algunas cadenas montañosas para romper la monotonía. Kanar III es un agujero y esa es la razón por la que fue elegido.

—Un lugar acogedor, ya veo —interrumpió Carmela—. Dijiste que el Escuadrón de Espionaje tenía ahí una base de entrenamiento. ¿Para qué se entrenan?

Brando guardó silencio durante unos segundos.

—Las condiciones de Kanar III son tan duras como las de cualquier otro planeta y hay secciones del Escuadrón de Espionaje que necesitan ese tipo de entrenamiento —dijo al fin—, pero recuerda lo que dije. Este planeta fue elegido porque es un agujero lejos de todo, sin nada que pueda llamar la atención de ojos indiscretos.

—Es decir, ideal para lo que sea que no queréis que se conozca.

—Exacto. Hazme caso, hay mierda ahí abajo de la que no necesitas saber nada.

La boca de Carmela se torció en una mueca de desprecio.

—¿Y si resulta que esa mierda es la causante del silencio de tu base? ¿Vas a arriesgar nuestras vidas sin decirnos por qué?

—No tengo intención de arriesgar las vidas de nadie. Esos legionarios de ahí atrás llevan suficiente potencia de fuego para lidiar con cualquier problema que nos podamos encontrar. —Brando sonrió para sí—. Será un paseo.

—Seguro que pensaste lo mismo cuando te infiltraste en el Puño Cuántico —dijo Carmela, dirigiéndose hacia la compuerta—, y fuimos nosotros los que tuvimos que salvarte el culo.

—No lo olvido. Estoy en deuda contigo y con el pescado.

—Olvídate de las deudas y preocúpate de no meternos en ningún sitio del que no seas capaz de sacarnos. —Carmela lo señaló con el índice—. Si por tu culpa muere cualquiera de mis hombres, vamos a tener más que palabras.

—No me parece que sea esa la forma de dirigirse a un superior, teniente —repuso Brando.

—Lo siento, quería decir que si por su culpa muere cualquiera de mis hombres, vamos a tener más que palabras. Señor.

Carmela salió de la cabina y cerró enfurecida la compuerta, lo que no pasó desapercibido a los legionarios en la bodega de carga, que la miraron por un instante

antes de volver a sus propios asuntos. Exceptuando a Uri, que se levantó del suelo con un fluido movimiento y caminó hasta ella.

—¿Qué ocurre?

—No pasa nada, Uri. Déjame tranquila.

—Puedo percibir cómo controlas tu respiración y que la temperatura de tu rostro está aumentando —dijo el fontiano, inclinando la cabeza—. En el pasado, eso eran signos de enfado por tu parte. Cuando estás enfadada, actúas de manera impulsiva y te conviertes en un riesgo. No podemos permitirnos riesgos de ningún tipo en esta misión, así que explícame qué te pasa.

Carmela cerró los ojos por un segundo. Como siempre, Uri tenía razón, así que pasó su brazo por el hombro del fontiano y acercó la cabeza a la suya para hablar en voz baja.

—Brando nos oculta algo.

—¿Eso es lo que te preocupa? No sería nuestra primera salida a ciegas, y contamos con el apoyo de una escuadra táctica completa. Hemos estado en situaciones peores.

—No es eso lo que me preocupa —dijo la legionaria.

—¿Entonces? A veces los mamíferos podéis ser desesperantes. No sé cómo con esas deficiencias comunicativas habéis logrado llegar tan lejos.

A su pesar, Carmela sonrió, para después golpear al fontiano en el hombro.

—¡No me digas esas cosas! Me has estropeado un estupendo cabreo.

—No era mi intención, te lo aseguro —dijo el fontiano, mirándola con sus ojos sin pupilas ni párpados—. ¿Ahora sí me puedes contar qué te pasa?

Carmela miró a su compañero, intentando decidir qué contarle. Ahora que se le había pasado el enfado, el motivo de su enojo parecía bastante pueril.

—Me molesta que Brando no nos haya informado de los detalles de la misión —dijo finalmente.

—¿Y qué diferencia hay con todas las otras misiones en las cuales tampoco se nos había informado?

—Ninguna. Es solo que esperaba algo más de él.

—¿Por qué?

La legionaria se quedó mirando a su compañero, separándose un poco de él. En ocasiones, sus constantes preguntas eran un poco fastidiosas, como estaba siendo el caso.

—Porque le hemos salvado la vida y se supone que nos debe algo, por eso —respondió.

—Puedo comprender esa motivación, pero no tiene ninguna lógica, Carmela. El capitán Rokeni no tiene ninguna obligación de revelarnos nada si no lo considera necesario. Aunque nos deba la vida. Sabes que es así cómo funciona.

Sonriendo, la legionaria bajó la vista. No tenía sentido argumentar contra la lógica de Uri y, de todas formas, el fontiano había logrado que se le pasara el enfado.

Seguía molesta con Brando, pero Uri tenía razón. Así es cómo funcionan las cosas.

En ese momento, las luces de la bodega de carga cambiaron su tonalidad blanca a una roja parpadeante, y la voz del capitán resonó en los comunicadores incorporados a las armaduras de combate.

—Muchachos, voy a comenzar el descenso a Kanar III, pero temo que tendremos algunas turbulencias; hay una gigantesca tormenta de arena azotando la zona de la base. Yo de vosotros me ataría fuerte.

Al escuchar las palabras de Rokeni, todos los legionarios se levantaron y se dirigieron a los asientos que habían instalado en la bodega de carga. Mientras se acoplaba los cinturones de seguridad del asiento que tenía asignado, la lanzadera dio una primera sacudida al entrar en la atmósfera del planeta. John, que aún no se había asegurado en el asiento, trastabilló cayendo hacia delante y se frenó con las manos. En una lanzadera táctica normal, con control de gravedad, no habría pasado pero el capitán Rokeni había insistido en llevar una lanzadera de carga, que carecía de esa funcionalidad, para evitar que nadie en la base sospechara que llevaban una escuadra de legionarios. Y esas eran las consecuencias.

—¡Mueve el culo y vuelve a tu asiento, John! —gritó Quijano—. No necesitamos tu cabeza hueca dando botes por la bodega.

—Ahora mismo, sargento —respondió azorado el legionario, que se levantó como un resorte y se sentó en su lugar, asegurando en tiempo récord todos los cinturones.

—Ten cuidado, Johnny —dijo Yeray, el legionario grande con lentes—. ¡La próxima vez que te caigas asegúrate de caer boca arriba o Korax podría confundirte con una hembra batán!

Korax sonrió mostrando sus colmillos y se pasó la lengua por ellos, entre las risas de Yeray y otros legionarios.

—¡Silencio todo el mundo! —gritó Quijano—. Esto no es una excursión, así que guardaos las bromitas para cuando volváis a la cosmonave. ¡Especialmente tú, Yeray! Si no vas a decir nada útil, cierra tu puta boca. ¿Ha quedado claro?

—De forma brutal, sarge —dijo Yeray, sonriendo y chocando el puño con el del batán, sentado a su lado.

Carmela se mantuvo callada durante el incidente. Podría haber intervenido pero, como sargento, Quijano era el encargado de atajar cualquier brote de indisciplina que pudiera surgir. No había necesidad de minar su autoridad frente a los legionarios por una tontería como aquella, hecha más para eliminar la tensión que por meterse con John.

Una nueva sacudida movió a los legionarios de izquierda a derecha, pero los cinturones de seguridad los mantuvieron sujetos. Después, todos sintieron cómo la lanzadera cambiaba de orientación, inclinando el morro para descender hacia la superficie del planeta y la tormenta de arena que los aguardaba.

—Preparados, legionarios. Ahora comienza lo duro —dijo Brando a través de los comunicadores.

Como si fuese una señal, la lanzadera comenzó a temblar de manera perceptible y un par de fusiles láser que habían quedado sin asegurar cayeron al suelo.

—¡Sachai! ¡Kirsten! —gritó Quijano—. ¿Por qué cojones no tenéis vuestras armas aseguradas? ¿Estáis locas?

Las legionarias a las que había gritado el sargento intentaron recoger los fusiles, pero les resultó imposible alcanzarlos al estar sujetas por los múltiples cinturones de seguridad. La nave giró a la derecha y los fusiles se deslizaron por el suelo en dirección opuesta.

—¡Qué alguien los sujete! —dijo el sargento.

Pero antes de que llegaran al otro lado, la lanzadera descendió de repente por un golpe de aire en las capas superiores y todos sintieron la familiar sensación de la ingravidez en sus cuerpos. La caída se prolongó durante varios segundos, en los que los fusiles ascendieron hasta el techo para salir luego despedidos al azar.

Con las dos manos, Carmela agarró el fusil que venía volando hacia ella y lo sujetó con fuerza sobre su regazo mientras dedicaba su mirada más fría a las legionarias que los habían puesto en peligro. En una lanzadera de carga, nada podía estar suelto en la bodega, por razones evidentes.

Las continuas sacudidas y maniobras de la lanzadera impidieron que pudieran agarrar al otro fusil hasta pasado un buen rato, pero al final terminó en las manos de Cortés, aunque no antes de que hubiera chocado con la cabeza de Yeray y la rodilla de Sheetal. No eran heridas de consideración, nada más que unos golpes, pero a Carmela no le pareció una buena señal. Y lo mismo pensaba Quijano.

—Teniente, lamento mucho lo sucedido —susurró el legionario a través del comunicador, en un canal privado con Carmela—. Me encargaré de que Sachai y Kirsten reciban una reprimenda y un castigo adecuado.

—Hágalo, sargento —contestó ella en voz baja—. Y creo que esa reprimenda la puede hacer extensiva a toda la escuadra, tengo la impresión de que están demasiado relajados.

—A sus órdenes.

Carmela vio como el sargento manipulaba su comunicador y comenzaba a hablar por susurros, tapándose la mano. Ahora debía encontrarse en el canal de los legionarios que, de manera inconsciente, se habían puesto firmes en los asientos. Carmela podría haberse conectado al canal y escuchar la bronca, pero prefirió estudiar el rostro de los legionarios mientras Quijano les hablaba.

Entre giros, turbulencias y descensos imprevistos, todos los legionarios rasos mantuvieron la posición firme y los ojos bien abiertos. Carmela se fijó en que hasta alguno, como Yeray, tragaba saliva. Durante unos quince minutos, el sargento continuó hablando sin parar y ninguno de los legionarios movió un músculo. A su lado, Uri observaba con curiosidad la escena. Entonces, casi de manera simultánea, la lanzadera terminó de bambolearse y Quijano dejó de hablar.

—Ya hemos pasado lo peor, legionarios. Estamos detrás de un brazo de la tormenta, que se aleja de nosotros. Nos servirá como cobertura hasta que llegemos a

una distancia adecuada de la base. ¿Todo bien por ahí atrás? —dijo Brando a través de los comunicadores.

Carmela miró al sargento, que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Nada destacable por aquí, Brando —dijo la legionaria—. Eso sí, aterrizanos lo antes posible; necesito estirar las piernas.

La puerta de la lanzadera se abrió, revelando el paisaje desértico de Kanar III. Carmela comprobó el cierre del casco de su armadura de combate; aunque la atmósfera del planeta era respirable, no tenía intención de dejar nada al azar. A su izquierda Uri la imitó, con mayor razón, dadas las características del fontiano; la humedad de su piel escamosa desaparecería en meros segundos si la exponía a aquel aire cálido y seco. Por delante de ellos, Brando permanecía de pie sin su casco, respirando lentamente por la nariz.

—No es tan terrible como me esperaba —dijo el legionario, mientras caminaba fuera de la lanzadera y pisaba el suelo arenoso—. No me quedaría aquí a vivir, pero no está mal para una visita.

Carmela y Uri le siguieron, y la legionaria hizo una seña a Quijano para que se detuviera. El sargento obedeció y alzó el puño, ordenando así al resto del equipo de salida que permaneciera dentro de la nave.

La tormenta de arena ya había pasado por la zona en la que habían aterrizado, aunque el viento seguía soplando y arrastrando la arena en suspensión, lo que hacía que el campo visual no se extendiera más allá de una docena de metros. Uri se agachó para examinar el suelo, recogiendo un puñado de arena en la mano y dejando que se escurriese entre sus dedos.

—Esta arena es diferente de la que moldea la madre oceánica —dijo el fontiano—. Es más... fina.

—Cuidado con ella, Uri —dijo Carmela, sujetando su fusil con los dos brazos mientras caminaba—. Si tu armadura pierde el sello estanco, se meterá dentro y hará estragos contigo.

—No voy a dejar que eso ocurra, tranquila. Los humanos podéis aguantar este clima, pero mi especie no está diseñada para estos ambientes —dijo Uri.

—Tenemos que ir en aquella dirección —interrumpió Brando, tras revisar la información de un *pad* situado en su antebrazo—. La base está a unos seis kilómetros de distancia; pongámonos en marcha, no quiero que la tormenta cambie de dirección y nos atrape en el exterior.

—Un momento —dijo Carmela, poniendo la mano sobre el hombro de Brando—. Necesitamos hablar.

El legionario se giró, observando a los dos soldados que permanecían frente a él.

—Os doy cinco minutos, así que hacedlo rápido —dijo mientras se limpiaba la arena de la cara y la cabeza con un pañuelo que había sacado de un bolsillo de la armadura—. Y acepto esto porque os debo la vida, no penséis que acostumbro a dar explicaciones.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo Carmela—. ¿Qué tiene de especial esa base para que el Escuadrón de Espionaje se haya tomado tantas molestias?

Sin decir nada, Brando terminó de limpiarse y después se colocó el casco de su armadura de combate, que se ajustó con un leve silbido.

—Si os lo cuento ¿os dejaréis de estupideces y podremos avanzar? —dijo, ahora a través del sistema de comunicación del casco, que transmitía su voz al exterior—. Esos legionarios ya tenían que estar fuera de la lanzadera y dispuestos para marchar; no creas que no me he dado cuenta de tu orden al sargento, Carmela. Si fuese otro tipo de capitán, no lo habría permitido.

—Esas aseveraciones condicionales son puramente académicas, señor —dijo Uri—. Da igual lo que hubiera hecho en otras circunstancias ¿verdad?

—Tienes razón, pescado. Prestad atención vosotros dos, porque solo os voy a contar esto una vez. La base hacia la que nos dirigimos no es una base de entrenamiento, eso es su tapadera. En realidad, es un puesto de vigilancia y custodia —Brando carraspeó—. En las misiones del Escuadrón de Espionaje, y también de la Legión, encontramos muchos objetos extraños. Kanar III es uno de los lugares donde esos objetos quedan almacenados hasta que podemos examinarlos de la manera que merecen.

—¿Qué quieres decir con objetos extraños? —preguntó Carmela.

—Cualquier cosa que no podemos explicar.

—Artefactos alienígenas —dijo Uri.

—Entre otras cosas. Cualquier objeto para el que nuestra ciencia no tiene explicación acaba en lugares como Kanar III, hasta que los cerebros de la Legión deciden que ha llegado su turno. Entonces es transportado y estudiado hasta conseguir determinar qué es.

—¿Y de quién ha sido la genial idea de colocar todos esos artefactos juntos? —dijo Carmela.

—No es tan mala idea —dijo Uri—. Un planeta remoto y deshabitado como este es un lugar ideal para ese tipo de almacén. Si algo va mal, nadie resultará herido, y está lejos de todas las rutas comerciales para evitar que alguien lo encuentre por casualidad.

—Así es —dijo Brando—. Y esta base cuenta con todas las medidas de seguridad posibles. No quiero ni imaginar lo que ha pasado para que se hayan perdido las comunicaciones primero y que Amira Hall no haya podido restablecerlas después.

—¿Tanta fe tiene en las capacidades de la comandante Hall, capitán? —preguntó Uri.

—Sí —contestó Brando sin vacilar—. Puedo afirmar sin faltar a la verdad que Amira Hall ha salvado a la Unión Galáctica de Planetas más de una y más de dos veces. Es la mejor, y no lo digo porque haya sido mi maestra; si no ha podido solucionar esto, me temo lo peor.

—Y a pesar de eso, tan solo has pedido una escuadra táctica en vez de todo el personal de ataque de la *Conquistador*. Joder, ¿por qué no traer varias cosmonaves al planeta si tanto es el riesgo? —dijo Carmela—. No lo haces porque aquí hay algo que no quieres que salga a la luz. ¿Qué es lo que hay de verdad en esa base, Brando?

Después de decir esas palabras, nadie habló. Durante varios segundos, solo se escuchó el ulular del viento y los granos de arena chocando contra las armaduras de los legionarios.

—Eso no es de su incumbencia, teniente —dijo Brando al final—, y esta conversación ha terminado. Ordene al sargento que despliegue la escuadra. Nos marchamos ahora.

La lanzadera quedó pronto tras ellos, desapareciendo de su vista a causa de la arena en suspensión. El transpondedor de la nave seguía emitiendo su señal a intervalos regulares y Carmela comprobó en el *pad* de su antebrazo que la armadura recibía la señal de forma correcta. Lo último que deseaba era perderse en aquel desierto y no ser capaz de regresar al único modo que tenían de salir del planeta.

Girando la cabeza a la izquierda, comprobó que Brando y Uri seguían caminando a su lado, separados por unos metros. El resto de legionarios los seguían formando tres filas irregulares, con cada uno de los miembros de la escuadra por detrás y a un lado de su predecesor, como medida de precaución ante posibles ataques.

Brando era el más adelantado de todos, dado que era el único que sabía dónde se dirigían, y Carmela y Uri lo flanqueaban por los lados. La visibilidad todavía era bastante buena, por lo que no había necesidad de sintonizar la señal de su armadura, algo que solo deberían hacer si el tiempo empeoraba.

Carmela comprobó que la temperatura exterior rondaba los cuarenta grados, y eso que tenían una nube de arena sobre sus cabezas. Cuando esta se despejara, los rayos de Kanar caerían sobre ellos sin compasión, aumentando la temperatura varios grados. Sin la protección de la armadura de combate se verían en serios problemas, sobre todo los legionarios más sensibles al calor, como Uri.

Todos aquellos pensamientos servían a Carmela para no pensar de nuevo en la conversación con Brando. Desde luego, era evidente que les ocultaba algo; lo que no podía entender era por qué le molestaba tanto. Uri tenía razón, no era la primera misión que hacía a ciegas o conociendo solo parte de la información necesaria. ¿Entonces por qué sentía que Brando cometía un error al no compartir con ellos lo que sabía?

Sin detenerse, la legionaria tomó un sorbo de agua del tubo situado dentro del casco. No, el problema no era Brando y Carmela lo sabía. El código negro había sido una gota más y esta misión había acabado de colmarla.

El problema era que estaba harta de seguir órdenes, y de ver a otros menos capacitados que ella subir en el escalafón. Aunque en realidad, no eran más

incapaces. Eran mucho mejores que ella en lamer culos y obedecer sin pensar; ese mérito tenía que concedérselo.

Carmela no pudo evitar sonreír. Llevaba mucho tiempo con aquella espina clavada y ahora que la había reconocido, se sentía tranquila, liberada. Siempre había pensado que la Legión era su vida, pero se engañaba a sí misma. Ascender a lo más alto había sido siempre el sueño de su padre, no el suyo.

¿Cuáles eran sus sueños? Había llegado el momento de averiguarlo.

—Atentos, legionarios —dijo Brando a través del comunicador—. Estamos a menos de dos kilómetros de la base. Preparaos.

Cuando estuvieron a la vista de la base, el viento paró como si quisiera facilitarles la tarea y, en unos minutos, el paisaje quedó despejado por completo. El sol caía a plomo sobre los legionarios, que, ocultos tras una duna, esperaron disciplinadamente mientras Brando se asomaba y observaba la base con unos binoculares. Cuando acabó su escrutinio, hizo una seña y Carmela, Uri y Quijano se acercaron a él.

—No hay nada fuera de lo normal en el exterior de la base —dijo—. El terreno alrededor de la base está limpio de arena, así que los bots de limpieza deben seguir activos. Hay dos accesos en este lado y ambos permanecen cerrados.

—¿Quiere que haga un reconocimiento del perímetro de la base, capitán? —preguntó Quijano.

—Negativo —respondió Brando—. El acceso desde este lado es la ruta más corta hasta la sala de control; si no encontramos a nadie por el camino, revisaremos el ordenador de la base para averiguar qué ha pasado. Ese será tu trabajo, teniente —dijo, inclinando la cabeza hacia Uri—. Quiero todos los registros de actividad de la base y cualquier información relevante.

—Entendido, señor —dijo Uri.

—Entonces vamos a entrar ahí. ¿Alguna pregunta?

Aunque no podía ver su cara ni él la suya, tapados como estaban por los cascos de sus armaduras, Carmela sabía que Brando la estaba mirando y sonrió. Tenía muchas preguntas, pero no iba a hacer ninguna; cumpliría la misión y averiguaría qué había pasado en la base, y allí terminaría su carrera como legionaria. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba. Se acabó el seguir las órdenes de gente menos preparada y que no sabía lo que hacía, en misiones sin sentido y sin suficiente información. Tan solo tenía que terminar con esta última misión y cambiaría su vida.

—Ninguna, señor —dijo, sin dejar de sonreír. Uri y Quijano negaron con la cabeza.

—Perfecto. Sargento, quiero dos equipos, uno en cada acceso. El equipo Alfa irá conmigo a la compuerta del extremo este y Beta a la del oeste. —Señaló en dirección al fontiano—. Uri, conmigo. Carmela, tú y Quijano con Beta. ¡Moveos!

En menos de un minuto, Quijano dividió la escuadra en dos equipos de seis, que rodearon a los oficiales al mando. Sin decir palabra, Brando inició la marcha, con su fusil preparado y apuntando delante de él. El resto de legionarios de su equipo le siguió. Carmela comprobó la carga de su arma e hizo un gesto a Quijano con los dedos índice y medio para indicar por dónde iba a bajar de la duna.

Con cuidado para no hundirse más de la cuenta, Carmela se deslizó por la fina arena hasta que llegó a la base de la duna. El resto de legionarios de su equipo se deslizaron detrás de ella, mientras la teniente iniciaba el camino en dirección a la compuerta del extremo oeste de la base, que aparecía ante ella como una pared de cien metros rodeada por un perímetro asfaltado. Dicha pared era parte de un edificio rectangular de un piso, con una torreta de comunicaciones en el tejado. Si seguía la configuración estándar de las bases de la legión, el otro lado sería una gran compuerta, que daría acceso al hangar, y la mayor parte de la base estaría bajo tierra.

Cuando llegó al perímetro asfaltado, Carmela redujo el paso y avanzó con lentitud. Los legionarios del equipo Beta la imitaron, pendientes de cualquier movimiento extraño. Si, por alguna casualidad del destino, quien estuviese dentro de la base no se había percatado de su presencia, con toda seguridad lo haría en ese momento. Podía pasar cualquier cosa.

A medida que recorría los metros que la separaban de la compuerta, Carmela iba poniéndose más nerviosa. Estar expuesta de aquella manera no le gustaba en absoluto; se estaban arriesgando sin necesidad, todo porque el «gran» Brando Rokeni había decidido que iban a entrar por la puerta principal. En aquel momento, estaban desprotegidos por completo y lo peor es que no podían hacer nada para evitarlo.

Cuando llegó a la pared, apoyó la espalda en ella y suspiró en silencio; su corazón latía descontrolado y Carmela respiró profundamente hasta que se calmó. Los legionarios del equipo Beta se fueron colocando a lo largo de la pared; el sargento Quijano fue el último, cerrando el grupo y colocándose a su lado.

—¿Todo bien, teniente? —Quijano habló por el canal privado que habían establecido entre ellos. Una vez en combate, todas las comunicaciones se hacían a través del sistema de sus armaduras.

—Afirmativo.

Carmela observó el otro extremo de la pared, donde el equipo Alfa se había pegado a la misma como si fueran moscas. Parpadeó tres veces para activar el interfaz gráfico del interior del casco, que se puso en marcha respondiendo al movimiento de sus ojos, y abrió un canal de comunicación con Brando.

—El equipo Beta está frente a la compuerta, capitán.

Su voz sonó seca y con un volumen un poco más alto de lo normal; si Brando se dio cuenta, no se reflejó en su respuesta.

—Perfecto. Permanece a la espera, Carmela; voy a intentar abrir la compuerta este. Tengo unos códigos de entrada que deberían ser válidos; los probaré primero

aquí y si no funcionan, los probarás en la compuerta oeste. Si ninguna de las dos se abre, fabricaremos nuestra propia entrada.

—Comprendido, señor.

Carmela se giró para hablar con Quijano. En ese momento, todo estalló.

El estruendo de la explosión rompió el silencio del desierto y Carmela volvió la cabeza en dirección a la compuerta este. Los cuerpos de los legionarios del equipo Alfa estaban tirados en el suelo, algunos a varios metros de la compuerta, que ahora era un agujero humeante.

—¡Ayuda! —gritó alguien por el canal general, que en pocos segundos se llenó de quejidos y lamentos de dolor.

Carmela cortó el canal y corrió hacia sus compañeros, seguida del resto de legionarios del equipo Beta. Apuntando con sus fusiles láser en todas direcciones, tomaron posiciones alrededor de los heridos. La teniente puso rodilla en tierra y apuntó al oscuro interior de la base, del que salía un humo negro que se elevaba ajeno a la carnicería. El aroma inconfundible de una detonación de matzomita atravesaba los filtros de aire de los cascos; alguien había plantado explosivos en las compuertas para matar a quien intentase entrar. Tragando saliva, Carmela se dio cuenta de que podían haber sido ellos.

Sin perder un segundo, Quijano había dispuesto a los legionarios en un perímetro defensivo, exceptuando a Irena, una de los dos médicos de la escuadra, que estaba revisando el estado de salud de los legionarios del equipo Alfa. Moviéndose entre los heridos, comprobaba sus constantes vitales con un *pad* sintonizado para recibir las señales de las armaduras de combate. En algunos casos no era necesario, pues varios legionarios se alzaban por su propio pie, pero tres de ellos permanecieron tumbados.

—¿Qué mierdas ha sido eso? —dijo Yeray, que sacudía la cabeza mientras se levantaba.

—Una o más cargas de matzomita, supongo. La compuerta estaba preparada para explotar —dijo Carmela—. Es obvio que alguien no quiere que entremos en la base.

—¿Qué bajas tenemos? —preguntó Brando, que se había levantado y probaba las articulaciones de la armadura.

—Sachai, Megann y Cortés, señor —dijo Irena.

Nadie dijo nada durante unos instantes, en los que los legionarios se perdieron en sus propios pensamientos, lamentando, cada uno a su manera, el destino de sus camaradas. Los tres cadáveres yacían en la posición en la que la explosión los había dejado, uno de ellos con un escombros clavado en el casco, otro con el pecho ennegrecido y aplastado y el último estirado como un muñeco roto.

—Muy bien, muchachos —dijo Brando—. Me gustaría poder decir algo por ellos, pero no tenemos tiempo. Vamos a entrar y cumplir la misión por nuestros compañeros caídos, y me encargaré de que el hijo de puta responsable muera por esto. Nada de papeleos, juicios ni gilipolleces.

Brando caminó hacia la puerta, donde Carmela seguía arrodillada montando guardia. Puso la mano en su hombro y esta se levantó, sin dejar de apuntar al interior de la base.

—No digas nada, Carmela.

—¿Qué?

—Sé que la he cagado y han muerto por mi culpa.

—Eso es verdad, señor, pero como ha dicho antes, no tenemos tiempo. Estamos al descubierto aquí.

—Lo siento... no sé qué decir.

—Entonces yo lo diré. —La legionaria se arrimó hasta que los cascos de ambas armaduras chocaron—. ¿Recuerda que le dije cuando veníamos en la nave? Todavía no, no mientras estemos aquí y debemos cumplir la misión, pero vamos a tener esa conversación y no le va a gustar. Hasta entonces, será mejor que se calle y me deje hacer mi trabajo.

Carmela se separó despacio de Brando, hizo un gesto con el brazo y los legionarios la siguieron. Sentía una cólera gélida en su interior, mayor de la que nunca había sentido. Tenía que liberarla, y pronto. Al entrar en la base, activó las luces frontales del casco y la oscuridad desapareció, mostrando un pasillo destrozado por la explosión, que terminaba en una gran sala llena de armarios y taquillas. Sin decir palabra y a través del lenguaje de signos, Carmela hizo que cuatro legionarios revisaran la sala; cuando regresaron, hizo otro gesto a Uri que sacó un pequeño emisor de su mochila y comenzó a trabajar en su *pad*. Después de unos minutos, el fontiano alzó el pulgar.

—Listo, Carmela. Estoy emitiendo suficiente ruido en todas las frecuencias para neutralizar cualquier cámara o micro de esta sala. Nadie puede escucharnos.

—Gracias, Uri. —Carmela cruzó los brazos con el fusil en su regazo—. Capitán Rokeni, creo que es el momento en el que debería ilustrarnos con respecto al objetivo de la misión.

Las luces de los cascos convergieron en Brando, que apartó la vista y retrocedió un paso. Pero el empujón de un legionario le hizo trastabillar hacia delante, quedando en medio del corro que se formó rápidamente.

—Estamos esperando sus explicaciones, señor —dijo Quijano.

—Tal vez deba empezar yo —dijo Carmela—. Muchachos, esta base es más que un centro de entrenamiento del Escuadrón de Espionaje. Dado que Kanar III es una bola de mierda situada en el culo de la galaxia, la Legión usa este planeta como cubo de basura, para echar los objetos y artefactos alienígenas demasiado avanzados para que podamos entenderlos. Pero algo salió mal en este vertedero y el capitán Rokeni nos va a decir el qué.

—No puedo...

—¡Basta de excusas, Brando! —dijo la legionaria, apuntándolo con el fusil—. Comienza a hablar. Ahora.

Brando miró a los lados, pero ninguno de los legionarios se movió un milímetro. Después de unos instantes, desactivó los sellos estancos del casco y se lo quitó, mostrando su cara brillante por el sudor.

—Carmela, no hagas nada que luego puedas lamentar —dijo, mirando el cañón del fusil—. Baja el arma y hablemos.

Ahora fue la legionaria quien no hizo nada durante unos segundos, hasta que lo imitó, desactivando los sellos de la armadura. Sin dejar de apuntarlo, se quitó el casco y su fría mirada se clavó en el rostro de Brando.

—Lo único que lamento es no haberme hecho valer antes. Puede que entonces, Cortés, Megann y Sachai estuvieran vivos. —Carmela dio un paso adelante y apuntó al pecho de Brando—. Por última vez, habla.

El legionario se mantuvo inmóvil, pero sus ojos miraban en todas direcciones buscando una salida. Tras unos instantes, encogió los hombros y bajó la vista.

—Es cierto —comenzó a hablar—. Los llamamos enigmas. La galaxia es muy grande y hay muchas cosas que no entendemos, así que todo artefacto cuya función escapa a nuestro conocimiento es almacenado en instalaciones como esta. Aquí son protegidos y estudiados hasta que podamos comprenderlos.

—Y uno de esos enigmas es el causante del apagón de comunicaciones en Kanar III —dijo Uri.

—Exacto. E01214, esa es la nomenclatura del enigma. La cosmonave *Sagitario* lo descubrió de casualidad hace veinte años, cuando sus sensores detectaron lo que parecía un meteorito en rumbo de colisión. Pero era un meteorito totalmente metálico y de formas geométricas, así que lo capturaron. El E01214 es un bloque rectangular de tres metros por dos, con una capa exterior compuesta de carburo de titanio y un interior oculto impenetrable a nuestras sondas. Al poco tiempo, fue trasladado a Kanar III para su estudio. Durante años, ha resistido todos nuestros esfuerzos por averiguar qué hay en su interior y ha permanecido inerte, hasta ahora. Hace una semana, el último mensaje recibido de la base informaba de cambios en el estado de E01214.

—¿Qué tipo de cambios? —preguntó Carmela.

—Por lo visto no era un bloque, sino un contenedor. El mensaje aseguraba que E01214 se había abierto y estaba vacío. No hubo más comunicación con Kanar III desde ese mensaje. Y el último mensaje de la comandante Amira Hall fue cuando aterrizó con su cosmonave en el planeta, hace cinco días. La misión que me encomendaron era averiguar qué ha pasado y evaluar el riesgo que pueda suponer E01214 y para ello me dieron el mando de esta escuadra.

—Hijo de puta —escupió Carmela—. ¿Cuántas veces te pregunté qué pasaba aquí y tú te negaste a decírmelo? ¿No se te ocurrió que todo eso era información vital?

—También es información clasificada. —Brando alzó la vista y señaló a los legionarios que le escuchaban—. Si salimos de esta, todos vosotros vais a tener que rendir cuentas por conocer cosas que no debéis. Y podéis agradecerse a ella.

Carmela abrió los ojos por completo y, sin mediar palabra, propinó un puñetazo directo a la mandíbula de Brando, que giró la cabeza por la fuerza del golpe y cayó al suelo. Uri y Quijano dieron un paso hacia delante para sujetarla antes de que pudiera hacer nada más.

—Tú sí vas a tener que rendir cuentas, cabrón, me voy a asegurar de ello. — Retrocedió y sus compañeros la soltaron, interponiéndose entre el legionario caído y ella; Carmela respiró hondo antes de hablar—. Sargento, ocúpese de que ese tipo no se acerque a menos de un metro de mí o me dirija la palabra sin mi permiso. ¡El resto, preparaos! Vamos a averiguar qué ha pasado en esta base, se lo debemos a nuestros compañeros. Y si hace falta destruirla, lo haremos.

—No creo que haya sido una buena idea —dijo Uri.

El fontiano caminaba al lado de Carmela por uno de los pasillos de la base. Esta sujetaba su fusil láser con las dos manos y movía la cabeza de un lado a otro, iluminando el espacio delante de ella con la luz frontal de su casco. Hasta el momento, no habían encontrado a nadie en los dos niveles de la base que habían explorado; todas las habitaciones y corredores por los que habían pasado estaban a oscuras por completo, como si no recibieran energía de los reactores de fisión situados en la planta baja.

Tampoco funcionaban los sistemas automáticos de las puertas, ni la climatización ni ningún otro sistema y, a pesar de todos sus esfuerzos, habían sido incapaces de conectarse a la red de la base para averiguar qué ocurría. Los terminales de acceso que habían encontrado estaban desconectados de la red y sin potencia; cuando intentaron usar una de las células de energía portátiles que llevaban, el terminal estalló en un mar de chispas, como si ya no fuese capaz de soportar aquella energía.

—¿A qué te refieres? Esta misión ha sido una mala idea desde el principio —dijo Carmela, sin dejar de caminar. El resto de legionarios los seguía, vigilando en todas direcciones.

—Sabes a qué me refiero. Va a ser difícil que justifiques el ataque a un superior, por mucho que todos te apoyemos. Lo más seguro es que te enfrentes a un consejo de guerra.

La boca de Carmela esbozó una leve sonrisa. Aquella sería una forma rápida de abandonar la Legión.

—No me importa. Si te digo la verdad, mi intención era dejar la Legión de todos modos.

El fontiano se detuvo y los legionarios detrás de él lo imitaron. Carmela dio un par de pasos antes de darse cuenta de que caminaba sola.

—Estás loca —dijo el fontiano—. Solo eso puede explicarlo. ¿Y tus sueños de comandar una cosmonave?

—Puedo hacerlo igualmente fuera de la Legión —respondió ella.

—No lo entiendo. Una vez me dijiste que ingresaste en la Legión a instancias de tu progenitor. ¿Qué pensará cuando sepa que el fruto de sus huevas abandona?

Carmela sonrió por la confusión de Uri, aunque con el fontiano nunca se sabía si de verdad era problema de traducción o lo hacía a propósito. Antes de que pudiera contestar, el sargento Quijano se acercó a ambos.

—¿Hemos parado por algún motivo, señora?

—Tranquilo, sargento. Uri y yo solo estábamos conversando un momento. —Los cascos de los legionarios iluminaban el pasillo, mostrando compuertas en cada uno de

los laterales—. ¿Vamos por buen camino? —preguntó, dirigiéndose al fontiano.

—Según los mapas que tenemos de la base, este pasillo conduce a las escaleras de servicio. Desde ahí podremos acceder a cada uno de los niveles subterráneos, aunque sin energía vamos a tener que abrirnos paso a la fuerza en cada compuerta.

—Estoy de acuerdo. Por eso vamos a examinar primero los reactores e intentaremos poner en marcha los sistemas —dijo Carmela.

—No pierdas tiempo con eso, teniente.

La voz de Brando irrumpió en el canal de comunicación y Carmela lo buscó con la mirada. Se encontraba en la retaguardia, entre John y Sheetal, que no le sacaban el ojo de encima.

—El nivel que debemos investigar es el nivel 9, donde estaban almacenados los enigmas. Sea lo que sea que haya pasado en esta base, se ha originado allí —continuó Brando—. Debemos localizar el E01214 y averiguar qué ocurrió.

—Lo haremos, pero antes restauraremos la energía de la base y buscaremos supervivientes —dijo la legionaria.

—Estás cometiendo un error, Carmela, el mismo que yo cometí en la entrada, al asumir que no habría ningún obstáculo. No asumas que vas a poder llegar a los reactores sin problema y tampoco asumas que hay supervivientes.

—No me digas qué debo asumir, bastardo. —Carmela se giró y continuó caminando—. Uri, Quijano, sigamos adelante...

—¡Teniente! Esta compuerta está entreabierta.

El legionario que hablaba era Yeray, que se había separado del grupo y examinaba una de las compuertas del pasillo, abierta unos pocos centímetros. *Qué extraño*, pensó Carmela, *juraría que estaba cerrada cuando pasé por delante*.

—Atrás todos —dijo Quijano.

Carmela se acercó a la compuerta que, efectivamente, estaba entreabierta. Lo suficiente para poder meter la mano y hacer fuerza, y sabía quién podía hacerlo.

—¡Korax! —llamó.

El batán se acercó y acopló el fusil láser en el enganche de la mochila de su armadura, adivinando lo que le iban a mandar.

—Abre esa compuerta —ordenó Carmela.

—Ahora mismo, teniente.

El batán introdujo los dedos por la abertura y comenzó a tirar hacía sí. Con la armadura puesta ocultando su piel azul y espinosa, podía pasar por un humano musculoso, pero la realidad es que sus músculos eran mucho más fuertes que los de un ser humano medio. A pesar de su pequeño tamaño, Korax era capaz de levantar una tonelada de peso y podía aguantar el tipo en una pelea con un kundiano. Aquella compuerta no tenía nada que hacer.

Con un chirrido que sorprendió a todos, la compuerta cedió y se retiró a su compartimento en la pared. Korax se sacudió las manos, como si se las hubiera manchado de verdad y, con una reverencia teatral, se apartó de la compuerta.

—Todo suyo, teniente.

Los haces de luz de los cascos perforaron la oscuridad de la sala, revelando un laboratorio con varias mesas llenas de aparatos y ordenadores, y unos armarios sellados al fondo.

—¡Allí! —señaló Quijano.

Siguiendo la luz de su casco, pudieron ver una cabeza humana. En la esquina más alejada de la sala, los cuerpos inertes de tres seres humanos permanecían sentados en unas sillas con la cabeza agachada.

—Irena, comprueba su estado —dijo Carmela.

—Ya estaba en ello, teniente.

La legionaria era la primera que había entrado en la sala y caminaba con precaución hacia los cuerpos. Eran dos mujeres y un hombre que parecían estar dormidos. Estaban vestidos con el uniforme de trabajo estándar de la Legión de chaqueta y pantalón, y el color azul de este indicaba su especialización en Ciencias. Las dos mujeres llevaban puesta, además, una bata de laboratorio.

Mientras Irena hacía su trabajo, Quijano señaló a los legionarios Narjan y Lydia con dos dedos, para luego hacer un movimiento circular abarcando la habitación. Respondiendo a la orden no verbal del sargento, ambos legionarios examinaron la sala con rapidez, sin encontrar nada destacable.

Carmela también entró en la habitación y observó cómo Irena hacía su trabajo, examinando los cuerpos con un sensor portátil cuyas lecturas pasaban al *pad* que portaba en la otra mano. A simple vista, Carmela no apreciaba ninguna herida o señal de violencia. La legionaria permitió que un poco del aire exterior atravesara los filtros de la armadura; olía a cerrado y a polvo, pero no había ningún matiz de podredumbre. ¿Estaban muertos o...?

—Dame algo con lo que podamos trabajar, Irena —dijo la teniente.

—Me temo que no puedo —contestó esta—. Según estas lecturas, tengo tres cadáveres ante mí; no hay actividad cerebral, el corazón ha dejado de latir y tampoco respiran. El problema es que no hay *rigor mortis*, no detecto necrosis celular y estos cuerpos no tienen ningún tipo de hinchazón.

—¿Entonces...?

—Entonces, o acaban de morir plácidamente sentados en sus sillas, o nos encontramos ante algo desconocido.

Carmela respiró hondo. Mientras Irena estudiaba los cuerpos, habían entrado más legionarios en el laboratorio, que ahora estaba más iluminado. Entre ellos, estaba Brando y sus escoltas, que se acercaban hacia ella.

—Sigue investigando, Irena. Encuéntrame una explicación —dijo, dirigiéndose hacia el centro de la sala.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Brando.

Carmela le ignoró y le apartó de su camino buscando a Uri, que estaba junto a Korax, montando guardia en la puerta.

—Vamos a permanecer aquí un buen rato, mientras Irena intenta averiguar qué ha pasado. Quiero que revises los ordenadores de esta sala, Uri. Puede que haya algo que nos ayude.

—Comprendido —dijo el fontiano, que se dirigió hacia una de las mesas.

Antes de que Carmela pudiera moverse, Brando se plantó ante ella.

—Exijo saber qué está pasando aquí, Carmela. Sigo siendo tu superior. ¡No puedes ocultarme las cosas!

—Creo que puedes ver por ti mismo que no sabemos qué ha pasado aquí, así que ahórrate las exigencias.

—Esto no va a quedar así —dijo el capitán, señalándola con el índice—. Tu carrera en la Legión está acabada.

—Espero que no pienses que me estás amenazando, porque no es así —contestó Carmela.

Mientras ellos dos hablaban, Irena continuaba examinando los cuerpos, comprobando con una pequeña linterna la dilatación de la pupila en los ojos del hombre, que era inexistente. Una prueba más de la muerte de aquellas personas, pero que contradecía el buen estado de los cuerpos.

Al mismo tiempo, Uri estaba conectando su *pad* a uno de los ordenadores de la sala. No tenía ninguna esperanza en que funcionaran; aquel laboratorio estaba igual de muerto que todo lo que habían encontrado en la base hasta el momento. Comprobaría que todos estaban igual y después se plantearía usar una célula de energía para activarlos.

—No era una amenaza, era un hecho —dijo Brando—. Si salimos de aquí, me aseguraré de que seas expulsada de la Legión.

Carmela suspiró. La furia que había sentido al principio estaba siendo sustituida por un fastidio cada vez mayor. ¿Es que Brando no se daba cuenta de que sus amenazas le importaban un bledo?

—Déjame en paz, Brando —espetó—. Tienes razón, mi carrera ha terminado, pero todavía no. Mientras estemos aquí, yo estoy al mando y me da igual que tengas más rango que yo. Eres un hijo de puta que nos ha traído engañados y no quiero escucharte más, ¿has entendido?

En ese momento, escuchó la voz de Uri llamándola y, a los pocos segundos, un grito.

Irena tomó la mano del hombre. La movilidad en cada uno de los dedos era total y la muñeca se doblaba con naturalidad. La otra mano estaba en similares condiciones, pero no tenía sentido. Ya tendría que haber algún grado de rigidez si estaban muertos.

Uri acabó de conectar el *pad* y abrió una ventana en la que empezó a seleccionar una serie de comandos que le permitirían acceder a la información del ordenador, siempre que no estuviera tan muerto como los otros terminales que había encontrado por el camino. No creía que este fuera diferente, pero más valía ser meticuloso. Terminó la secuencia y la comprobó antes de ejecutarla. En solo unos segundos, empezaron a aparecer datos en la pantalla. ¡Aquel ordenador todavía funcionaba!

—¡Carmela, tengo algo! —dijo. A los pocos segundos, escuchó el grito.

Irena dejó las manos del hombre sobre el regazo de este y examinó el sensor portátil que había utilizado. Quizá la explicación para aquel misterio era tan simple como que el sensor estaba estropeado y mandaba lecturas incorrectas. En su mochila tenía otro sensor, sería mejor que hiciera la comprobación.

—¡Carmela, tengo algo!

La voz del teniente Rys sonó fuerte y clara, e Irena se giró para ver qué había pasado. El fontiano estaba poniéndose de pie frente a un ordenador; cerca de la puerta, la teniente Engert también había girado la cabeza.

Entonces, sintió unas manos que se cerraban en torno a su cuello, apretando con fuerza. El hombre había despertado y la miraba con los ojos abiertos, que se cubrieron en apenas un instante con una maraña de circuitos. Los otros dos cuerpos también habían comenzado a moverse.

—LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA —dijeron los tres al unísono.

Irena intentó zafarse de aquel ser, pero le fue imposible y gritó con todas sus fuerzas.

Dejando atrás a Brando, Carmela se apresuró en dirección a la esquina donde los cuerpos habían resucitado. Uno de ellos tenía agarrada a Irena por el cuello y la sujetaba en vilo con la mano izquierda. Los legionarios habían reaccionado al instante al grito de su compañera y habían tomado posiciones en el laboratorio, apuntando con sus armas a aquellos seres.

Carmela no tenía claro qué eran; parecían seres humanos, pero de los ojos y la boca les nacía una red de circuitos que iba cubriendo poco a poco toda la piel visible. El hombre era quien apresaba a Irena, sin prestar atención a los fusiles láser que lo apuntaban. Las dos mujeres estaban una a cada lado, levantadas de la silla y mirando a los legionarios.

—¡Suéltala! —dijo Carmela—. Déjala en el suelo y pon las manos sobre la cabeza o abriremos fuego sobre ti y tus compañeras.

Ninguno de los seres se inmutó ante aquellas palabras.

—¡Voy a contar hasta tres! Si no sueltas a nuestra compañera, abriremos fuego. ¡Es vuestra última oportunidad!

—LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA —dijo el hombre.

—¿Qué? —dijo Carmela.

—VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL. NO PODÉIS HACER NADA CONTRA MÍ —dijo una de las mujeres, mirándolos con aquellos ojos que parecían una placa base—. SERÉIS ABSORBIDOS Y ME AYUDARÉIS A RESTABLECER EL CONTACTO CON LA MATRIZ.

Mientras Carmela apuntaba al pecho del hombre, podía escuchar los murmullos de algunos legionarios. No podía culparlos, aquello le sorprendía a ella tanto como a los demás, pero no podía distraerse y menos con una legionaria prisionera.

—¡Silencio todos! —ordenó en el canal general, antes de dirigirse de nuevo a aquella cosa—. Última oportunidad. Suelta a mi compañera o disparo.

—PARECE QUE SOIS UNA ESPECIE REBELDE —dijo la mujer—. QUÉ ASÍ SEA, ENTONCES. SOIS MUCHOS, SOLO NECESITO A UNO O DOS DE VOSOTROS.

En un rápido movimiento, el hombre clavó su mano derecha en el casco de Irena y giró la muñeca. El casco, y la cabeza de la legionaria con él, giró ciento ochenta grados de modo que quedó mirando a Carmela. Esta abrió los ojos horrorizada y, sin pensarlo, abrió fuego sobre aquella cosa; los demás legionarios la imitaron, disparando a discreción.

En apenas unos segundos, el caos se instaló en el laboratorio. El ruido de los disparos se mezclaba con los gritos de rabia de varios legionarios, y la luz de los láseres iluminó por completo la habitación, tanto que los cristales fotocromáticos de los cascos se oscurecieron para permitir que pudieran ver en aquel resplandor.

—¡Alto el fuego! —ordenó Carmela.

Cuando dejó de disparar, se sorprendió al ver a Brando a su lado, con el fusil láser apuntando a los seres. El legionario se dio cuenta de que lo estaba mirando y se encogió de hombros.

—¿Qué pensabas? —dijo—. ¿Qué iba a invocar las reglas de Primer Contacto después de que ese alien matase a una de los nuestros?

—La verdad, sí —dijo ella—. Y no sé si es un alien, más bien parecía un ser humano infectado de alguna manera.

—Eso lo podrán decidir los científicos cuando estudien sus cuerpos —dijo Brando—. Esos cabrones son los responsables del silencio de comunicaciones y vamos a asegurarnos de que lo paguen...

La voz del capitán enmudeció cuando, al igual que Carmela, vio el estado de los seres. Los cuerpos estaban todavía de pie, con sus ropas destrozadas y perforados por los disparos de láser. De cada herida y cada agujero que habían producido se expandía una maraña de circuitos que los cubría, extendiéndose por toda la piel. Las mujeres estaban con los brazos cubriendo su cara, mientras que el hombre había usado el cuerpo de Irena como escudo. Lo dejó caer, y todos los legionarios pudieron ver su rostro cubierto por completo por aquella red de circuitos que solo dejaba lo que habían sido sus ojos al descubierto, convertidos en cristales verdosos y brillantes.

—VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL. NO PODÉIS HACER NADA CONTRA MÍ —dijo el hombre.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, los tres seres saltaron hacia los legionarios. Carmela no pudo fijarse en lo que hacían sus compañeros, pues el hombre se dirigía hacia ella, por lo que abrió fuego. A su lado, Brando la imitó y los dos acribillaron a aquel ser, sin hacer nada más que retrasarlo.

—¡Quitádmelo de encima!

—¡Ayuda!

—¡Aargghhh!

Los gritos de los legionarios inundaron el laboratorio y, sin dejar de disparar, Carmela ajustó los sensores auditivos de su casco para poder concentrarse en tal barullo. Aquella cosa a la que estaban disparando seguía avanzando poco a poco hacia ellos, cubriendo su cara con un brazo. Apenas le quedaba nada de piel al descubierto, tapada por completo por lo que parecía una trama de circuitos impresos.

Alrededor de ellos, se había desatado una lucha sin cuartel. Por el rabillo del ojo, pudo ver a la mujer que había hablado, que se había enzarzado con Uri, y los dos rodaban por el laboratorio, hasta que la criatura se alzó de nuevo y saltó hacia un grupo de legionarios. Un poco más allá, Korax agarraba a la otra mujer y la levantaba a pulso. Mientras sus compañeros aprovechaban para dispararle desde todas direcciones, el ser extendió sus brazos hasta la armadura del batán y arrancó un panel del pecho, por el que luego introdujo el brazo, que parecía crecer e inundar la armadura por dentro.

Una voz de mujer gritó «¡Granada!» y la legionaria tuvo el tiempo justo para apretar los dientes antes de que la explosión la lanzara a ella y Brando hacia la salida del laboratorio. Carmela chocó contra una pared y quedó desorientada por unos instantes, pero se recuperó cuando el hombre se lanzó sobre ella.

—VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL —dijo aquel ser, con su piel humeante en el costado izquierdo, por el que se extendía y crecía de nuevo la maraña de circuitos.

Las manos del hombre, curvadas como garras, agarraron el casco de Carmela. Esta, respirando agitadamente, colocó su fusil contra el pecho de la criatura y disparó repetidas veces. El hombre se tambaleaba mientras los haces del láser le atravesaban, pero no soltaba su presa.

Cuando dejó de disparar, el ser tenía un agujero de veinte centímetros en el pecho, pero seguía moviéndose e intentado arrancar el casco de la legionaria. Carmela vio horrorizada cómo en el hueco que había creado con sus disparos, la maraña de circuitos se extendía y duplicaba para llenarlo.

—NO PODÉIS HACER NADA CONTRA MÍ —dijo la criatura.

Horrorizada, Carmela intentó zafarse golpeando con el fusil en los brazos del hombre, pero este se mantuvo firme apretando el casco cada vez más.

De repente, un disparo a bocajarro en la cabeza de la criatura la voló por los aires y las garras que amenazaban con arrancar el casco perdieron toda su fuerza. Con un movimiento desesperado, la legionaria las apartó de sí y empujó el cuerpo de aquel ser, ahora inerte, hasta que cayó a un lado. Ante ella, apareció Brando con su fusil preparado para volver a disparar y la otra mano tendida para ayudarla a levantarse.

—Gracias —dijo ella, agarrando su mano e incorporándose—. Ha faltado poco.

—No me las des aún —contestó el legionario—. Esto no ha terminado.

Sujetando su fusil, Carmela examinó el laboratorio o lo que quedaba de él. En la esquina donde había estallado la granada, apenas quedaba nada más que restos orgánicos que la legionaria esperaba fuesen de esas criaturas. Cuando se dio cuenta de que algunos de esos restos eran partes de armadura, tragó saliva. Un rápido vistazo al resto del laboratorio le permitió comprobar que varios legionarios habían corrido su misma suerte, siendo lanzados por la explosión.

—Engert a todos —dijo en el canal general—. ¡Responded!

Los legionarios comenzaron a responder por el canal y Carmela vio aliviada como Uri y Quijano se acercaban desde el otro extremo de la habitación. Entonces reparó en el estado de la armadura del fontiano, resquebrajada y con algunos trozos caídos en el panel del costado izquierdo.

—Arregla tu armadura, Uri —dijo, señalando la zona rota—. No quiero que te deshidrates justo ahora.

—¿Está rota? —El fontiano se tocó en el costado y extrajo un parche plástico de su mochila, para después aplicarlo sobre la zona afectada—. Ni me había enterado. Supongo que eso significa que aquí el ambiente no es tan seco.

Carmela apoyó la mano en el hombro de Uri y, a continuación, se dirigió al sargento.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí, Quijano?

—Para ser sincero, teniente, no tengo la más mínima idea. Solo sé que esas cosas son muy duras. Antes de la explosión, vi como acababan con Kirsten y Narjan, atravesando la armadura como si no existiera.

—¿Quién lanzó la granada? —preguntó Brando.

—Creo que fue Lydia, que tenía a una de esas criaturas encima, cavando en su estómago. —Los legionarios que habían sobrevivido se habían acercado a ellos y escuchaban al sargento—. Decidió llevársela con ella, y casi nos arrastra a los demás. Entre el ataque y la explosión, hemos perdido a Irena, Garlan, Sheetal, Lydia, Kirsten, Narjan y Korax.

Nadie habló durante un buen rato después de que lo hiciera Quijano. Carmela notaba las piernas temblorosas y los miembros fríos, fruto del bajón de adrenalina. *Ya está bien, pensó, estamos cubiertos de mierda, pero todavía no estamos derrotados. No puedes hacer nada por los muertos, así que deja de pensar en tu fracaso y concéntrate en salvar a los que todavía están vivos.*

—Nos vamos de aquí —dijo al final—. Esto nos supera, tenemos que informar a la *Conquistador*.

—¿Estás segura, Carmela? —dijo Brando—. Después de esto, no voy a intentar usurparte el mando ni nada, pero ¿qué pasó con acabar la misión para honrar el sacrificio de nuestros compañeros?

—Mira lo que han hecho tres de esas cosas, Brando.

—Ahora sabemos que las granadas pueden acabar con ellas —contestó él—, y si no, un tiro a la cabeza también sirve para hacer el trabajo. Nos pillaron desprevenidos, eso es todo.

—No, no podemos correr el riesgo —dijo Carmela—. ¿Cuántos legionarios componían la dotación de esta base?

—Ciento veinte personas —dijo Brando, inclinando la cabeza.

—Entonces, podemos asumir que hay otras ciento diecisiete criaturas más sueltas por la base. ¿Vas a matarlas una a una o prefieres hacerlo en grupos para ir más rápido?

El capitán permaneció en silencio y Carmela miró a los cinco legionarios que quedaban con vida: Yeray, John, Quijano, Uri y Brando, además de ella. Una gota de sudor cayó por su nuca, a pesar de la climatización de la armadura. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba: si no escapaban de aquella base, y pronto, morirían.

—Está bien, muchachos, esto es lo que vamos a hacer —dijo Carmela—. Por suerte, no hemos llegado a adentrarnos mucho en la base antes de toparnos con estos seres, así que hay menos camino que desandar. Quiero que todos tengáis vuestras armas listas y los sensores de la armadura a toda potencia. ¡No quiero sorpresas! Asumid que encontraremos resistencia mientras salimos y estad preparados para todo.

Carmela apoyó su fusil en el regazo mientras detallaba su plan a los legionarios que la rodeaban, atentos a cada una de sus palabras.

—Brando, tú irás conmigo en la vanguardia. Uri, tú irás detrás de nosotros; quiero que centralices los datos de todos los sensores de nuestras armaduras y te ocupes de avisarnos si algo va a atacarnos. John, tu trabajo será escoltar a Uri en todo momento mientras analiza esos datos y nos informa. Quijano, tú y Yeray cerraréis el grupo. Nos vamos en dos minutos; antes de eso, quiero recuperar cualquier suministro de nuestros compañeros caídos que nos pueda ser útil. Cuando lleguemos a la *Conquistador*, veremos cómo regresar y recuperar sus cuerpos, ahora no tenemos tiempo. —Sin soltar el fusil, dio una fuerte palmada que levantó ecos en el laboratorio—. ¡Moveos!

Como un solo hombre, los legionarios se desplegaron por la habitación, buscando entre los cuerpos de sus compañeros. Carmela se acercó al cuerpo de Irena, que había sido desplazado por la explosión hacia una pared. Reprimió una mueca de disgusto mientras le quitaba el botiquín de campaña, que tenía adherido magnéticamente en un costado de su mochila. Revisándolo con rapidez comprobó que, exceptuando algunas ampollas que se habían roto, el resto de su contenido —parches de sintopiel, un escalpelo láser y ampollas de antibióticos, de sedantes y de adrenalina, entre otros objetos— estaba intacto.

Cerrando el botiquín, lo pegó a un acople magnético que tenía libre en la pierna izquierda y caminó hacia la puerta. El resto de legionarios llegaron poco después, cargados con más armas y municiones de sus compañeros caídos. Brando se colocó a su lado y le entregó otro fusil, quedando ambos con un arma en cada mano.

—¿Todavía no estás listo, Uri?

—Un momento, teniente, no tardaré —dijo Uri, que había sacado su *pad* y lo había conectado con un cable a su antebrazo.

—¿Cree que podremos salir de aquí, teniente? —preguntó John.

La legionaria tragó saliva antes de contestar.

—Por supuesto que sí. Tienes mi palabra.

—Ya estoy preparado para recibir vuestros datos —dijo el fontiano.

Carmela parpadeó tres veces para activar una vez más el interfaz gráfico del interior del casco, en el que accedió a los sistemas de sensores. Activó todos los

sistemas en la configuración más sensible y abrió un canal por el que mandar esa información a Uri. El icono de un candado cerrado le indicó que la conexión se había completado. Con dos parpadeos, eliminó la información de los sensores que aparecía en su interfaz; a excepción de los canales visuales y auditivos, todos los datos que recogiese su armadura serían recibidos y procesados por el fontiano.

—Estoy recibiendo todas vuestras señales. Podemos marchar cuando queráis —dijo Uri.

—Brando, conmigo. El resto, seguidnos —dijo la legionaria.

Sin añadir más, salió del laboratorio al corredor que seguía envuelto en la oscuridad, exceptuando allí donde se proyectaba el haz de luz de su casco. Brando se colocó a su lado y ambos comenzaron a desandar el camino por el que habían penetrado en la base. Aquel corredor tenía varias puertas a los lados; después de ver lo que se ocultaba detrás de una de ellas, Carmela no sentía ningún deseo de que se abrieran de repente y más criaturas salieran de ellas.

—Uri —dijo en voz baja a través de su comunicador—, dime qué tienes.

—Todo despejado en un radio de veinte metros. Registro cero movimientos y ninguna señal térmica. —El fontiano manipuló los datos en su *pad* sin dejar de caminar—. Lo único destacable de momento es una leve fluctuación de energía tres niveles por debajo de nosotros.

—¿Análisis? —dijo Carmela.

—Puede que algún equipamiento todavía esté activo, o que sea uno de los enigmas custodiados en esta instalación. Sin más datos, no puedo...

El fontiano guardó silencio.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de registrar un pico energético. La fluctuación ha pasado a ser una emisión constante.

—Tengo un mal presentimiento acerca de esto —dijo John.

—¡Silencio! —dijo Carmela, deteniéndose—. Uri, informa.

—A falta de un término mejor, diría que el enigma o lo que sea que hay tres niveles por debajo de nosotros ha despertado y está radiando energía en cantidades cada vez mayores.

—Jooder —dijo Yeray.

—¡Nada de cháchara inútil en el canal! —dijo Quijano.

—¿Corremos peligro aquí? —preguntó Brando.

—En este momento, no, pero mi recomendación es que nos marchemos cuanto antes. Si eso ha despertado, algo más puede hacerlo.

—Ya habéis oído. ¡Moveos!

La legionaria se puso en marcha, aumentando el ritmo de sus pasos, y los demás la siguieron. Carmela casi podía sentir cómo la tensión estaba aumentando entre sus compañeros. Tenían que cruzar otros dos niveles para llegar al exterior, y luego una caminata de seis kilómetros hasta la lanzadera. Demasiadas cosas podían salir mal, y

la muerte de más de la mitad del equipo de salida tampoco ayudaba a mantener alta la moral. Si otro grupo de criaturas aparecía...

Olvida lo que podría pasar y concéntrate en tu trabajo, pensó, sacudiendo la cabeza. *Para bien o para mal, estos hombres dependen de ti y no puedes permitirte distracciones. Todavía eres una legionaria, y la Legión no abandona a los suyos.*

Notó como los ojos se le humedecían al pensar en los compañeros caídos que había tenido que dejar atrás, pero no podía limpiarlos con la armadura sellada. Una lágrima se deslizó lentamente por la mejilla de Carmela que, tragando saliva, siguió caminando hacia delante, hacia la oscuridad.

Dieron la vuelta al pasillo y, al final del corredor, vieron las compuertas abiertas del ascensor. Habían descendido por el hueco con una escala, dado que sin energía el ascensor era inútil y la cabina se había quedado parada en uno de los niveles inferiores. La escala seguía colgando donde la dejaron, y Carmela respiró aliviada. La salida de aquel nivel estaba a la vista; solo tenían que subir uno más.

—Los niveles de energía del objeto en los niveles inferiores están creciendo —dijo el fontiano.

—No me jodas —dijo Yeray.

—No es mi intención —respondió Uri antes de que nadie pudiese recriminar al legionario—. Tan solo informo de lo que recibo. Y en estos momentos estoy recibiendo señales de movimiento.

Todos los legionarios se detuvieron y formaron un círculo en torno al fontiano, preparando sus armas.

—¿En dónde? —dijo Carmela.

—Justo frente a nosotros, en el hueco del ascensor —dijo Uri, mientras acoplaba el *pad* en el lugar diseñado para ello en el antebrazo de la armadura y empuñaba su fusil—. No puedo determinar qué son, pero son muchas, son rápidas y no tienen señal térmica.

—Más cosas de esas —dijo Carmela—. ¡Preparaos!

Los legionarios retrocedieron hasta la esquina y las luces de sus cascos se centraron en el hueco del ascensor. La escala colgaba burlándose de ellos e indiferente a los acontecimientos. Estaban tan cerca de poder salir de aquel nivel y, sin embargo, tan lejos.

Pasaron unos interminables segundos en los que todos estaban pendientes de lo que pudiera salir de aquellas compuertas abiertas. Carmela sentía que su corazón se aceleraba por momentos ante la tensión de la espera. Hiperventiló sus pulmones terminando en una honda inspiración y aquello la calmó de momento. Entonces, percibió el sonido.

—¿Qué es eso? —susurró Quijano.

—Calla y escucha —dijo ella en voz baja.

Guardando silencio, los legionarios prestaron atención a un sonido que al principio no supieron identificar. Procedía de los niveles inferiores y aumentaba poco a poco a medida que se acercaba hacia ellos. Parecía como si decenas de clavos se estuvieran clavando y desclavando en la pared metálica.

—Abrid fuego a mi señal; apuntad a la cabeza, si es que podéis —dijo la legionaria, apretando los dientes.

El sonido era cada vez más ensordecedor, aumentado por la acústica del hueco del ascensor y el pasillo en el que se encontraban. Carmela sujetó con fuerza los dos fusiles y se alegró de tenerlos; en aquel corredor necesitarían más la potencia de fuego que la puntería, y la tenían garantizada gracias a las armas de sus compañeros.

De repente, una garra compuesta por la red de circuitos que ya les era familiar apareció por el hueco del ascensor y se clavó en el suelo. Tras ella apareció su dueño, una figura humanoide cuya piel estaba cubierta por completo de una maraña de circuitos, similar a las del laboratorio. La criatura se impulsó con una sola mano y saltó frente al ascensor.

—LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA.

Tras ella surgieron como, insectos de su guarida, más de media docena de esas criaturas, que utilizando sus manos y sus pies como garras se desplazaron por las paredes y por el techo hacia los legionarios.

—¡Aguantad! —dijo Carmela, tragando saliva.

Los seres seguían acercándose a ellos, clavando y desclavando sus miembros a medida que avanzaban. Del hueco del ascensor seguían brotando criaturas; en pocos segundos, el pasillo estaba lleno de una marea de circuitos que se desplazaba inexorable hacia ellos.

—¡Fuego! —gritó con todas sus fuerzas.

A su grito se unió el de los demás legionarios, que gritaron mientras descargaban los haces de los fusiles láser sobre los seres. Al encontrarse en un pasillo, no podían rodearlos y la descarga continúa de rayos los ralentizaba lo suficiente para que alguno de los legionarios se preocupara de apuntar a la cabeza y acabar con ellos.

Malo, estas cosas pueden aguantar mucho castigo, pensó Carmela mientras se concentraba en una de ellas. En origen, debía haber sido una mujer demasiado obesa y ahora era una masa de circuitos caminando en su dirección. Apuntó con sus dos fusiles hacia aquella cosa, que se protegía la cabeza con los brazos sin dejar de caminar.

—VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL. NO PODÉIS HACER NADA CONTRA MÍ.

¿Había hablado aquella a la que disparaba u otra criatura? Daba igual. Por lo que había visto la legionaria tanto en el laboratorio como ahora, aquellos seres parecían compartir una especie de mente grupal. Como si todos fuesen dirigidos por el mismo intelecto, y la única idea de aquel intelecto fuese matarlos a todos.

Abandonó aquellos pensamientos y dedicó toda su atención al ser que iba contra ella. Estaba ya a seis metros de distancia y no parecía que fuese a detenerse. Los

demás legionarios estaban ocupados disparando al resto de criaturas que invadían el pasillo. Tenía que buscar la manera de acabar con esa cosa, y rápido.

Podía intentar lanzar una granada, pero en el tiempo que tardaría en sacarla de la mochila, la criatura se abalanzaría sobre ella. Además, después de la experiencia del laboratorio, no correría el riesgo de una explosión en aquel pasillo. Pero sí podía hacer otra cosa.

Dejó de disparar sus dos fusiles.

La masa de circuitos notó que ya no había resistencia para su avance y aceleró el paso con sus piernas exageradamente regordetas.

—LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA —dijo mientras se acercaba a Carmela.

Esta dio un paso hacia delante para recibirla, al tiempo que manipulaba con las manos los controles de los fusiles para colocarlos a la máxima potencia y el máximo arco de disparo. Agotaría las células de energía de ambos, pero no se le ocurría otro modo de detener a aquella cosa.

Cuando estuvo a dos metros de distancia, Carmela alzó ambos fusiles para disparar y la criatura volvió a cubrirse con los brazos para proteger la cabeza.

Como ella esperaba.

Bajó el fusil izquierdo y disparó a las piernas. El haz del láser brilló como un pequeño sol y destrozó ambas extremidades a la altura de la rodilla, haciendo que el ser cayese cuan largo era frente a la legionaria. Sin dar tiempo a que pudiera hacer nada, Carmela disparó el fusil derecho sobre la cabeza de la criatura, que desapareció fulminada por el rayo junto con parte de los hombros y la espalda.

Dejó caer ambos fusiles y retrocedió un paso, buscando su láser de mano al mismo tiempo. Lamentó haber agotado los dos fusiles, pero no pensaba que un solo disparo fuese a cortar las piernas de la criatura. ¿Sería que eran capaces de blindar partes de su cuerpo a voluntad y la había pillado desprevenida? Sacudió la cabeza y abrió fuego contra otra criatura que se acercaba a ellos por el techo. Gracias a que apuntaba con las dos manos y el láser de mano era más preciso, acertó entre los dos ojos del ser, que cayó sobre otra de aquellas cosas.

Había sido un buen tiro, pero era como una gota en el océano. Del hueco del ascensor continuaban surgiendo criaturas que llenaban el pasillo; por cada una que abatían, dos más estaban dispuestas para tomar su lugar. Era solo cuestión de tiempo que los aplastaran con su número.

—¡Tenemos que retirarnos! —gritó.

—¿Y cómo? —dijo Brando—. Si dejamos de disparar, nos arrollarán.

Ya lo sé, maldita sea, pensó Carmela.

—Prepárense para salir corriendo a mi señal, teniente —dijo Quijano—. Los contendré todo lo que pueda.

—¿Estás loco? No aguantarás ni cinco segundos —dijo ella.

—Entonces, les daré cinco segundos —dijo el sargento—. No hay otra solución.

—Yo le ayudaré, sargento —dijo Yeray—. Entre los dos podremos conseguir diez segundos.

Carmela disparó a otra de las criaturas mientras maldecía en voz baja.

—¡No! Ya hemos perdido a demasiados en esta misión. Nadie va a sacrificarse...

—¡Ahora, teniente! —gritó Quijano.

La legionaria sintió cómo la agarraban del hombro y la empujaban hacia atrás. Entonces vio dos figuras que se adelantaban, disparando con sus fusiles como posesos.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo la legionaria.

—No hay otra manera —dijo el sargento—. Intentad salir de aquí y avisad a alguien, esto es demasiado gordo para que todos muramos.

—¡No! —gritó la legionaria mientras la sujetaban sus compañeros.

—Tiene razón, no hay otra manera —dijo Brando, pegando su casco al suyo—. No hagas que su sacrificio sea en vano, Carmela, vámonos.

Mordiéndose los labios, Carmela se giró y comenzó a correr junto a Brando, Uri y John.

Detrás de ellos, Quijano y Yeray se habían adelantado y estaban luchando espalda contra espalda en medio de las criaturas. Los fusiles láser a tan corta distancia eran letales y aquellos seres parecían haberse olvidado de los otros legionarios.

—¡Se me acaba la carga, sarge! —gritó Yeray.

—A mí también —dijo Quijano—, vamos a tener que dialogar con ellos.

—Nunca se me han dado bien las palabras. Siempre he sido un tío más explosivo.

—Pues explota, joder, pero por lo que más quieras, no te pongas a cantar. No quiero morir con tu voz en mis oídos.

—Eso ha sido muy cruel, no había necesidad de herir mis sentimientos.

Yeray soltó el fusil y agarró dos granadas de su cinturón, apretándolas después contra el pecho, mientras comenzaba a reír.

—Denúnciame —dijo Quijano, blandiendo como una porra su fusil, ya sin carga, hasta estrellarlo contra la cabeza de uno de aquellos seres—. Ha sido un honor, loco.

—Lo mismo digo —dijo Yeray, entre carcajadas, mientras las criaturas lo atacaban y destrozaban su armadura—. ¡Hora de morir, cabrones!

Las granadas detonaron al unísono y la explosión resultante inundó el pasillo de luz y calor, destruyéndolo todo a su paso.

Carmela no quiso arriesgarse a mirar atrás. En lo único que podía pensar era en seguir corriendo a toda velocidad por la maldita base del Escuadrón de Espionaje, para poner la mayor distancia posible entre ellos y el enjambre de criaturas que había intentado matarlos. Delante de ella iba Uri, que se movía con decisión por el pasillo que los alejaba del ascensor, y a su lado corrían John y Brando.

—Seguidme —dijo el fontiano sin disminuir la velocidad—. Tenemos que ocultarnos.

Sin parar de correr, Uri revisó el *pad* acoplado a su antebrazo y Carmela vio como sus dedos se movían veloces por la pantalla.

—La última compuerta a la izquierda. ¡Deprisa!

Los legionarios corrieron tras Uri y se detuvieron en la puerta indicada, que se abrió a su paso. El fontiano entró y llamó con la mano a sus compañeros.

—Rápido, antes de que esas cosas nos sigan.

—¿Cómo has logrado abrir esta puerta, Uri? —preguntó Carmela, entrando en la sala.

La oscuridad reinante en aquella estancia desapareció ante las luces de los cascos, que revelaron lo que parecía una pequeña enfermería, con dos camas al descubierto y otras dos ocultas por un biombo, además de un medibot inactivo, acoplado a su estación en una pared.

—En el laboratorio pude descargar información de uno de los ordenadores que todavía funcionaba. No había podido revisarla hasta ahora; por fortuna incluía los códigos de acceso de este nivel.

En ese momento, todo tembló a su alrededor y un gran estruendo inundó la habitación.

—Parece que Quijano y Yeray han vendido caras sus vidas —dijo John.

—Serán recordados —dijo la legionaria, ahogando un suspiro—. Pero ahora no podemos entretenernos. Brando, tú y John, revisad la sala, no quiero sorpresas. Uri, ven aquí.

Mientras los dos legionarios obedecían sus órdenes, el fontiano se acercó a Carmela. La luz del *pad* y la de sus cascos mostraban la armadura de ambos abollada y sucia, pero todavía intacta.

—Dame buenas noticias, Uri —dijo la legionaria—. Necesito buenas noticias.

—Espero poder contentarte. —Uri cambió de aplicación en su *pad* y recuperó las lecturas de los sensores de las armaduras—. Para empezar, no detecto ningún movimiento cerca de nosotros, ni ninguna de esas cosas en nuestra persecución.

—Esa es una buena noticia. Más.

—La habitación está vacía —dijo Brando, metiéndose en la conversación.

—Así me gusta. Más buenas noticias, por favor.

—Deja que analice toda la información que pude sacar del ordenador y puede que tenga alguna más —dijo Uri—. Mientras, te aconsejo que hagas inventario de nuestras armas y células de energía. No creo que nosotros cuatro podamos volver a resistir un nuevo ataque.

—Entre John y yo, tenemos suficientes células de energía y hay fusiles y láseres de mano de sobra para los cuatro —dijo Brando, entregando a Carmela el segundo fusil láser que tenía y una célula de energía para cargarlo—. Me ocupé de rescatar todas las células que pude en el laboratorio. Puede que no resistamos otro ataque, pero podremos defendernos unos segundos, al menos.

—Pero no tenemos granadas, las llevaba Yeray... era el artificiero con más experiencia —dijo John, guardando silencio unos segundos.

—Está bien. Las células y las armas son otra buena noticia, aunque hay que esforzarse más. —La legionaria sacudió la cabeza; sabía que cuando bromeaba en una situación de combate era porque estaba demasiado nerviosa, pero no podía evitarlo—. Te doy una oportunidad para alegrarnos el día, Brando: dime qué son esas cosas.

—No tengo la más mínima idea. Se me ocurre que el E01214 podía portar algún tipo de virus capaz de transformar al personal de la base en esas criaturas, pero no soy un especialista. No sé si nuestra ciencia está preparada siquiera para intentar determinar las preguntas necesarias para comprender lo que hemos visto.

Carmela cerró los ojos y suspiró.

—O sea que estamos igual que antes.

—Yo creo que no, teniente —dijo John—. Sabemos que aunque sean muy duras, podemos matar a esas cosas, y puede que eso sea lo único que necesitamos. Que otros se preocupen por los porqués y los cómo.

Una sonrisa se formó en el rostro de la legionaria.

—Esa es la respuesta que necesitaba, John. Te has ganado un ascenso.

—Pero si no he dicho nada que no supiera... —balbuceó el legionario.

—No estropees tu ascenso a sargento con menudeces. Si salimos vivos de esta y regresamos a la *Conquistador*, le diré al comandante Elliot que lo haga oficial y te conceda los galones.

—No bromeo, teniente.

—No estoy bromeando, sargento.

—Lejos de mi intención estropear la celebración del ascenso de nuestro joven compañero —dijo Uri—, pero he terminado y tengo una noticia buena y una mala. La buena es que la información que extraje del ordenador contiene los códigos de acceso actualizados de prácticamente toda la base, así que con eso y los planos, podremos movernos con más libertad.

—Puede que no debamos movernos aún —dijo Brando—. Quién sabe cuántas criaturas hay sueltas por ahí.

—Eso lo desconozco, pero lo que sí sé, y esa es la mala noticia, es que la fuente de energía que detecté tres niveles por debajo se está moviendo. De hecho, está en el nivel inferior; creo que viene a por nosotros. Es lo único que detecto, no hay más señales térmicas o de movimiento.

Carmela sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Fuese lo que fuese, se estaba acercando y no podían fiarse de sus buenas intenciones. No, después de todo lo que habían sufrido en aquella base.

—Muy bien, gente, cargad vuestras armas y estad preparados para cualquier cosa —dijo la legionaria, sacando la célula de energía del fusil, que estaba al veinte por ciento, e insertando una nueva y llena—. Uri, quiero que controles la posición de esa cosa en todo momento, no quiero que nos sorprenda el tiempo que estemos aquí. Brando, vamos a examinar los planos de la base; necesitamos buscar un modo alternativo de llegar a la superficie. John, monta guardia y mata cualquier cosa que entre por esa puerta.

La proximidad del peligro había hecho que el nerviosismo se esfumara y Carmela estaba concentrada de nuevo en su misión: sacar a sus compañeros de aquella base con vida. Se acercó a Brando, que estaba revisando los planos en el *pad* de su antebrazo.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó ella.

—Volver a subir por el hueco del ascensor está descartado. Ni sabemos si volverán a atacarnos esas cosas por ahí, y a saber cómo lo habrá dejado la explosión. Nuestra mejor apuesta es utilizar las escaleras técnicas que unen los diferentes niveles de la base. Hay un acceso al norte de nuestra posición.

La legionaria lo pensó unos instantes.

—Uri, ¿posición de la fuente de energía?

—Se dirige al norte. No podemos descartar que también quiera usar las escaleras técnicas.

—Eso pensaba yo. ¡Mierda! —exclamó Carmela, dando una patada a una cama—. Búscame otra opción, Brando. Tiene que haber otra manera de llegar a la superficie.

—Estoy en ello.

El legionario estaba manipulando los mapas y simultaneando las proyecciones en 2D y 3D en la pantalla, en busca de algo que pudiera serles de utilidad. Tras unos minutos en los que nadie más habló en la habitación, alzó la cabeza.

—Tengo algo, pero no me gusta. Cerca de aquí tenemos un almacén por cuya pared transcurre uno de los conductos maestros de ventilación. Es un tubo de medio metro de diámetro que conecta todos los niveles y por el que podemos subir, pero si esas cosas nos atacan mientras estemos en él, estaremos indefensos.

—¿No hay otra opción?

—Dame tiempo para estudiar bien estos planos y puede que la encuentre. Esto es lo que he conseguido en un vistazo rápido.

La perspectiva de encontrarse con una de esas criaturas mientras escalaba no le hacía ninguna gracia a Carmela, pero todavía menos el quedarse en aquella enfermería, expuestos a un nuevo ataque de esas cosas o de la fuente de energía que se acercaba a ellos.

—¿Algo nuevo, Uri?

—La fuente de energía está ascendiendo —contestó el fontiano—. En un minuto habrá llegado a este nivel.

Carmela se pasó la lengua por los labios. Tenía que tomar una decisión y más le valía que fuera la decisión correcta. Ya habían muerto demasiados legionarios.

—Si nos quedamos, somos un blanco fácil —dijo, después de unos segundos pensando—, así que nos marchamos. Brando, guíanos.

La compuerta de la enfermería se abrió y John y Brando salieron en primer lugar, comprobando que no hubiese criaturas en el corredor. Carmela y Uri los siguieron, con el fontiano comprobando de nuevo en su *pad* las lecturas de los sensores de las armaduras. Sin decir nada, Brando abrió camino, adentrándose más en la base, y el resto de legionarios le siguieron. La oscuridad seguía siendo absoluta, rota solo por las luces de los cascos y aquello solo contribuía a aumentar la tensión de los legionarios supervivientes.

Se introdujeron por un pasillo lateral y la legionaria se concentró en seguir a Brando, que abría la marcha, y en ignorar las compuertas y equipos que aparecían un instante, iluminados por sus cascos, y después desaparecían de nuevo en la oscuridad. Los pasos de los legionarios levantaban ecos en el pasillo vacío y Carmela no pudo evitar que en su mente se formase la imagen de un gran mausoleo vacío y oscuro, por el que caminaban entre las tumbas de los muertos.

—La fuente de energía ha subido hasta este nivel y se dirige a nosotros —dijo Uri.

Las palabras del fontiano la devolvieron a la realidad de golpe.

—¿Cuánto nos falta, Brando?

—Poco. Está tras la siguiente esquina, al final del pasillo.

—¡Corred!

Abandonando toda precaución, los legionarios siguieron a Brando, que, tras una breve carrera, los condujo hasta una compuerta cerrada.

—Esta es. ¿Puedes abrirla, pescado?

—Por supuesto, pero recomiendo precaución. La fuente de energía está a cien metros y acercándose.

—Te cubrimos, Uri; tú abre esta compuerta.

Los legionarios rodearon al fontiano y apuntaron al extremo del pasillo, mientras este se conectaba a la compuerta y la abría. Apenas tardó unos segundos, pero se hicieron eternos.

—Listo —dijo, mientras entraba al almacén.

John se metió detrás del fontiano y Carmela se giró para seguirlo cuando escucho una voz a su espalda. Una voz que no pertenecía a ninguno de los legionarios.

—¡Ayuda!

Se giró y pudo ver a una mujer humana, con un uniforme de la Legión hecho jirones, que acababa de doblar la esquina y corría hacia ellos.

—¿Amira? —balbuceó Brando.

—¡Cuidado, legionarios! Me está siguiendo.

Cuando se acercó a ellos, comprobaron que pasaba los cuarenta, con algunas canas en su pelo marrón. Los restos del uniforme enmarcaban una figura delgada y musculosa; su rostro estaba sucio y manchado y los ojos verdosos parpadearon cuando la luz de los cascos cayó sobre ellos.

—Amira, soy yo, Brando —dijo el legionario, abriendo su casco para mostrar su cara—. ¿Qué te sigue?

—¡Brando! —La sonrisa de la mujer era amplia y contagiosa—. No sé qué es, pero debemos destruirlo. Es un peligro para toda la Unión, no podemos dejar que salga de esta base.

En ese momento, pudieron escuchar un golpeteo rítmico que se acercaba por el pasillo.

—¿Qué coño es eso? Suena como un kundiano a la carga —dijo John, que había vuelto a salir del almacén junto a Uri.

—Apuntad a la cabeza —dijo Carmela—. No podemos dejar que se acerque.

—Dame un arma, Brando, os ayudaré —dijo Amira.

—Aquí tienes. —El legionario le pasó su láser de mano y la mujer lo empuñó de manera experta, apuntando hacia el pasillo—. No sabes lo que me alegra verte con vida.

—No sabes lo que me alegro yo de veros —respondió ella, sonriendo.

Los legionarios apuntaron hacia el pasillo, del que provenía el sonido de los golpeteos, cada vez más fuerte hasta que paró.

Entonces, una garra cubierta de circuitos como las del resto de criaturas que habían encontrado, pero tres veces más grande, apareció por la esquina, seguida de un brazo descomunal. La criatura que dobló la esquina era mucho más grande que cualquiera de las que habían encontrado, con unas piernas cortas y gruesas como columnas, un torso de casi dos metros de ancho y unos brazos gigantescos a juego que llegaban hasta el suelo. Una cabeza de tamaño normal sobresalía de manera incongruente de los grandes hombros.

—LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA.

Los legionarios abrieron fuego sobre la criatura, que se cubrió con uno de los brazos de sus disparos.

—VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL. NO PODÉIS HACER NADA CONTRA MÍ.

Aunque le costase admitirlo, Carmela podía ver que aquella cosa tenía razón. Con ese tamaño, los disparos de los fusiles apenas hacían mella en sus brazos; solo era cuestión de tiempo que comenzara a avanzar hacia ellos y entonces serían historia. Antes habían logrado acabar con las criaturas más pequeñas con las granadas de matzomita y a costa del sacrificio de dos legionarios; ahora no tenían siquiera granadas para poder sacrificarse.

A no ser...

Carmela dejó de disparar y se agachó para sacar el acople magnético situado en el costado derecho de la armadura de Brando.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él.

—¡Seguid disparando! ¡Tengo una idea!

Tras abrir sus enganches, el acople quedó suelto y Carmela tiró con fuerza de él hasta que se despegó de la armadura. Buscando en su mochila, sacó la célula de energía que había sustituido antes y la adosó al acople magnético. La forma cuadrada de la célula sobresalía del acople, más fino y alargado, pero había quedado firmemente sujeta.

Se levantó y miró de nuevo a la criatura. Esta estaba avanzando despacio hacia ellos, cubriéndose con sus gigantescos brazos. Sujetando el acople con una mano, echó el brazo hacia atrás.

—¡Alto el fuego!

Los legionarios dejaron de disparar, mirándola extrañados. Antes de que ninguno pudiera decir palabra, Carmela lanzó el acople hacia la criatura. Esta, al notar que ya no le estaban disparando, había abierto un poco los brazos. El acople giró mientras volaba hacia su destino y, en los últimos centímetros, la fuerza del imán aceleró su velocidad. Con un sonido audible en el pasillo, que se había quedado en silencio, el acople se pegó al pecho de la criatura, justo debajo de su cabeza.

—¡Ahora! —gritó Carmela.

Los legionarios no necesitaron más para abrir fuego de nuevo, pero concentrándose en la célula de energía. Los primeros disparos perforaron la cubierta de acero de la célula, dejando al descubierto su corazón de prolitio, que comenzó a humear y estalló por los sucesivos impactos de láser. La explosión, menor que la de una granada de matzomita, pero igual de potente, se llevó por delante parte del pecho de la criatura y su pequeña cabeza. El impacto del cuerpo de aquel ser cuando cayó al suelo retumbó por todo el pasillo, pero quedó ahogado por los gritos de júbilo de John.

—Bien pensado. Esas cosas no son fáciles de matar. Soy Amira Hall —dijo Amira, bajando el láser de mano y tendiendo la mano.

Carmela retrocedió un paso y apuntó con su fusil a la legionaria.

—Suelta el arma —ordenó.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Brando.

Amira se agachó despacio y dejó el láser en el suelo, para después levantarse y alzar los brazos con una expresión de sorpresa en el rostro.

—No sé qué te pasa, pero no hagas nada de lo que luego te puedas arrepentir —dijo, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—Aquí hay algo que no me cuadra —dijo Carmela—. ¿Cómo puedes haber sobrevivido en esta base sin que esas cosas te hayan matado?

—No lo sé, me tenían prisionera.

—Carmela, por favor, baja el arma y hablemos como personas civilizadas —dijo Brando, abriendo su casco y mostrando el rostro salpicado de sudor.

—¿Y cómo has escapado?

—La mayor parte de estas criaturas se marcharon, dejándome vigilada por las pocas que quedaban. Sentí una explosión fuerte, imagino que erais vosotros acabando con ellas, porque lo siguiente que pasó fue que las criaturas restantes comenzaron a unirse y fundirse en esa cosa que hemos matado. Aproveché el momento para escapar.

—¿Lo ves? Todo tiene una razón lógica. Hazme caso, conozco a Amira Hall, es una heroína. Baja tu arma y hablemos —insistió Brando, poniéndose delante de Amira.

—¡Apártate de ahí! —dijo Carmela, moviéndose a la derecha para poder tener línea de tiro—. No me cuadra su historia. Se supone que ha escapado y huía de esa mole a todo correr, pero ni siquiera respiraba fuerte cuando llegó aquí.

—¡Por favor! Escúchate a ti misma —dijo Brando, interponiéndose de nuevo—. Estás demasiado tensa y eso te impide pensar con claridad. Estás basando toda una teoría paranoica en elementos circunstanciales.

—¿Circunstanciales? Entonces explícame porqué Uri no detectaba ninguna señal térmica a pesar de que estaba prisionera y tampoco la detectó cuando esa mole subía hacía nosotros, presuntamente persiguiéndola. ¡Y quítate de en medio!

Por un segundo fugaz, Carmela pudo ver en los ojos de Brando cómo el legionario se daba cuenta de que ella tenía razón. Al instante siguiente, este abrió la boca y alzó la cabeza poniendo los ojos en blanco; un momento después surgieron de su pecho cinco puntas cubiertas de circuitos y de sangre. Brando balbuceó, intentando tomar aire, y aquellas puntas crecieron, o mejor dicho, le atravesaron aún más. Su cuerpo se alzó en el aire unos centímetros, clavado en el brazo del ser que había proclamado ser Amira Hall.

—ES UNA PENA QUE ME HAYAS DESCUBIERTO TAN PRONTO. TENDRÉ QUE ACORDARME DE EMITIR CALOR CUANDO ME HAGA PASAR POR UNO DE VOSOTROS.

Reprimiendo un amago de náusea, Carmela se desplazó a su derecha para sorprender a la criatura. Los ojos, boca y parte del rostro del ser que había sido Amira Hall ya estaban cubiertos por una red de circuitos. Su brazo derecho estaba clavado en la espalda de Brando a la altura del corazón, por lo que la muerte de este había sido instantánea. En ese momento, John y Uri abrieron fuego sobre el ser, que se protegió la cabeza con el brazo libre.

—¿NO OS DAIS CUENTA DE QUE VUESTRA RESISTENCIA ES INÚTIL? NO HAY NADA QUE PODÁIS HACER CONTRA MÍ.

La legionaria disparó contra la cabeza de la criatura, pero esta giró el brazo de forma antinatural y usó el cuerpo de Brando como escudo.

—SOLO HAY DOS FINALES POSIBLES PARA ESTA LUCHA: MORIRÉIS O SERÉIS ABSORBIDOS EN VIDA, COMO HE HECHO CON ESTE CUERPO. LA ELECCIÓN ES VUESTRA.

¿*De verdad nos está dando a elegir?*, pensó Carmela mientras dejaba de disparar para buscar otra posición. Sus compañeros hicieron lo mismo, intentando encontrar un hueco para poder acabar con la criatura, que aprovechó ese momento para lanzar el cuerpo de Brando hacia Uri. El fontiano no pudo esquivarlo y cayó al suelo, con el peso combinado del hombre y la armadura encima.

—VUESTRA ESPECIE ME NECESITA, AUNQUE OS RESISTÁIS. FORMAR PARTE DEL ENJAMBRE OS LIBERARÁ DE LA MALDICIÓN DEL LIBRE ALBEDRÍO Y OS DARÁ UN DESTINO DE UNIDAD Y ORDEN.

—¡Eso mismo me decía mi madre y tampoco acepté! —gritó John, colocándose frente a la criatura y abriendo fuego.

El ser se protegió de nuevo la cabeza con ambos brazos y el legionario bajó el arma, dirigiendo el láser hacia el pecho. En pocos segundos, perforó un agujero a través de los circuitos y la poca piel que quedaba expuesta. Carmela observó una vez más cómo, incluso a simple vista, aquella maraña se extendía rellenando el hueco. John también se había quedado atónito observándolo, y la criatura aprovechó para darle un puñetazo que le lanzó volando hasta el otro lado del pasillo y chocando contra la pared.

—YA ES SUFICIENTE. CREO QUE HE PROBADO QUE SOY SUPERIOR A VOSOTROS EN TODO. HABÉIS PODIDO ACABAR CON LOS VACÍOS PORQUE CARECEN DE INICIATIVA E INTELIGENCIA. PERO ESTE CUERPO ES UN ELEGIDO Y NO TENÉIS OPORTUNIDAD.

La criatura se dirigió hacia Carmela, que siguió apuntando con el fusil a la espera del momento adecuado.

—POR ÚLTIMA VEZ, OS OFREZCO LA OPCIÓN DE UNIROS A MÍ LIBREMENTE. PUEDO CONVERTIROS EN ELEGIDOS O PUEDO MATAROS. DECIDID.

Otra vez la elección, pensó Carmela. ¿*Bueno, por qué no?*

—¿Cómo es eso? —preguntó, bajando lentamente el fusil.

La criatura se detuvo y su boca se deformó en algo parecido a una sonrisa.

—BASTA CON QUE TE INOCULE UNO DE MIS COMPONENTES Y PASARÁS A FORMAR PARTE DE MÍ —dijo, deteniéndose y mostrando la palma de su mano, donde los dedos índice y medio se unieron en uno solo y se alargaron hasta formar una fina aguja.

—Acepto —dijo Carmela, abriendo su casco, dejando su rostro al descubierto.

—Teniente... ¡no! —gritó John.

—UNA SABIA ELECCIÓN. PRONTO SERÁS PARTE DE MÍ Y ME AYUDARÁS A RESTABLECER EL CONTACTO CON LA MATRIZ.

—¿Qué es la Matriz?

—PRONTO LO ENTENDERÁS —dijo la criatura, acercándose con el brazo extendido.

—Está bien, solo quiero añadir una cosa.

—HABLA, TE ESCUCHO.

—No puedo creer que siendo tan superior te lo hayas creído.

Con la velocidad que le daban sus años como legionaria, Carmela levantó el fusil y disparó a la cabeza de la criatura, que había dejado desprotegida, volándola en mil pedazos.

El cuerpo de aquel ser se desplomó contra el suelo y Carmela también se sentó en el suelo. Por increíble que pareciese, había resultado. *La idea más loca que nunca se me ha ocurrido y ha funcionado*, pensó. Cerró de nuevo su casco y respiró hondo.

Maltrechos después del combate, los legionarios supervivientes se apoyaron unos en otros para poder salir de la base. El conducto maestro de ventilación estaba en el lugar que Brando había indicado, así que subieron uno a uno por él, ayudándose de las botas magnéticas de sus armaduras para afianzarse mientras se impulsaban hacia arriba. Las luces frontales de sus armaduras de combate iluminaban el camino delante de ellos, con Carmela en primer lugar, después John y Uri cerrando el grupo.

El proceso de subir por el conducto no era muy complicado: apoyar la espalda contra el conducto, fijar las botas en el lado opuesto y alzar el cuerpo unos centímetros, para luego hacer fuerza contra la pared y mantenerse mientras repetían el proceso. Sin embargo, el conducto no era demasiado grande, apenas un metro de diámetro, y después de unos cuantos minutos escalando de aquella manera, Carmela notó el sudor corriendo por todo su cuerpo.

Tardaron unos cuarenta minutos en llegar al primer nivel, pero pareció mucho más tiempo. Al final, lograron alcanzarlo y Carmela pateó repetidas veces una rejilla de ventilación, hasta que cedió y pudo salir por ella. Durante unos instantes, se quedó en el suelo, feliz de poder estirar todo su cuerpo; la espalda le pasaría factura más adelante, sin duda, pero todavía no podía relajarse. Ayudó a sus compañeros a que salieran y recorrieron juntos el primer nivel, cada vez más esperanzados. Al final,

salieron al exterior desértico, en el que la tormenta de arena había pasado y Carmela comenzó a creer que la pesadilla había terminado.

En el camino a la lanzadera, por fin, Carmela se permitió pensar en lo que había pasado. Después de regresar a la *Conquistador* habría tiempo para hacer un informe, pero para ella todo parecía bastante claro. El E01214 era un contenedor que transportaba a uno o más componentes de lo que se autodenominaba el Enjambre, una especie de mente colectiva que podía infectar a otros seres y sumarlos a su dominio. Carmela estaba segura de que los legionarios de la base habían opuesto resistencia, pero aquellas criaturas eran muy peligrosas y los debieron pillar por sorpresa, hasta asimilar a toda la dotación de la base y cortar las comunicaciones.

Cuando llegó el grupo de Amira Hall, puede que se encontrase el puesto vacío y sin energía, como les había pasado a ellos, o quizá las criaturas la engañaron. El caso es que la convirtieron en lo que había denominado un Elegido. Desde luego, su forma de hablar era mucho más rica y fluida que los que había llamado Vacíos, que se limitaban a repetir los mismos mensajes a cada oportunidad.

Ahora que pensaba en ello, una de las criaturas que encontraron en el laboratorio también hablaba como si fuese un Elegido. ¿Habría más en la base? Lo averiguarían, y esta vez no serían solo una escuadra. El Enjambre era una amenaza muy seria. ¿Quién sabe cuántos contenedores más había flotando por el espacio?

Y lo más importante ¿de dónde provenían esos contenedores?

En aquel momento, Carmela se detuvo; ya tenían que estar cerca de la lanzadera. Ojalá hubiera resistido bien la tormenta de arena. Lo último que quería era tener que pasar más tiempo del necesario en el maldito Kanar III.

—Abrid bien los ojos, muchachos —John y Uri estaban detrás de ella—. La lanzadera tiene que estar por aquí.

—Ya era hora —dijo John—. En cuanto llegue a la *Conquistador*, voy a dormir una semana.

—¿Tan cansado estás? —preguntó Uri.

—Er... no, teniente. Era solo una exageración.

—Ya veo, como cuando dices algo pero luego no es así.

—Parecido.

Carmela se alegró de escuchar a Uri. El fontiano había hecho el viaje en silencio; las muertes de sus compañeros le habían afectado mucho, sin duda alguna. Ella sentía el dolor por la pérdida en el fondo de su mente, esperando el momento para arrollar todas sus defensas y sumirla en la más absoluta tristeza. Cuando llegase a la *Conquistador*, iba a necesitar ayuda.

—¡Allí está! ¡Lo hemos conseguido!

John señaló la siguiente duna y, tras ella, el morro metálico de la lanzadera. En apariencia, había soportado bien el clima desértico de Kanar III. Carmela se detuvo y apoyó las manos en las rodillas. Ahora que ya veía próximo el final, se sentía tan cansada que podría tumbarse allí mismo en la arena y dormir.

A John, la visión de la lanzadera parecía haberle dado nuevas fuerzas y caminaba hacia ella con más brío. Carmela sonrió; por fin había acabado todo.

Entonces, Uri agarró a John por la espalda y le disparó con su fusil láser en la nuca. La cabeza de John se separó del cuerpo y cayó en la arena. Carmela se quedó sin respiración.

—ESE VEHÍCULO ME SERVIRÁ PARA PODER REUNIRME CON LA MATRIZ; SUPONGO QUE DEBERÍA AGRADECÉROSLO, PERO SERÍA UNA EXAGERACIÓN.

Uri soltó el cuerpo de John y este cayó al suelo. Después se giró y apuntó su arma en dirección a Carmela, mientras se quitaba el casco. En sus ojos grisáceos sin pupilas ni párpados comenzaba a extenderse una maraña de circuitos.

—¿VES CÓMO LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA?

No.

Eso era todo lo que podía pensar Carmela mientras veía la red de circuitos extenderse por el rostro de Uri. Tras él, la sangre que manaba del cuerpo y la cabeza de John era absorbida por la arena del desierto.

No puede ser verdad. Ya estábamos a salvo.

Cayó sobre sus rodillas, sintiéndose derrotada. Al final, el sacrificio de sus compañeros y todos sus esfuerzos habían sido en vano.

—DEBO FELICITARTE, CARMELA. HA HABIDO QUIEN HA RESISTIDO LAS FUERZAS DEL ENJAMBRE E INCLUSO QUIEN ME HA DERROTADO MOMENTÁNEAMENTE, PERO SIEMPRE ERAN RAZAS QUE YA ME CONOCÍAN. MUY POCOS LOGRAN SOBREVIVIR A UN PRIMER ENCUENTRO CONMIGO.

La criatura se detuvo, manteniendo la distancia con la legionaria, que vio como la maraña de circuitos remitía y el rostro de Uri volvía a la normalidad. El fusil láser seguía apuntándola.

—La resistencia que encontré en la base cuando desperté fue mucho menor que la que tú y tus compañeros habéis ofrecido. Solo la que conoces como Amira Hall presentó un desafío parecido. Consiguió entrar en la base, sembrar de explosivos las salidas y destruir el sistema de comunicaciones antes de que la hiciera unirse a mí. Ahora, deja tus armas sobre la arena —dijo, cerrando el casco de nuevo.

Carmela permaneció inmóvil, mientras pensaba a toda velocidad. *¿Qué pretende? ¿Por qué no me mata y se marcha en la lanzadera?*

Entonces, Uri disparó y el haz del láser impactó en el pecho de Carmela, que cayó hacia atrás. La armadura había resistido, pero el impacto había sido como una coza sobre ella y el interfaz del casco le mostraba que no resistiría otro disparo.

—Deja tus armas sobre la arena —repitió la criatura.

La legionaria se incorporó, ignorando el dolor sordo del pecho. Muy despacio, sacó el fusil láser del acople magnético y lo depositó en la arena. Hizo la misma maniobra con el láser de mano y alzó los brazos después.

—Aléjate.

Carmela se incorporó como pudo y retrocedió. Cuando se detuvo, Uri disparó varias veces sobre las armas hasta que las células de energía de estas explotaron, creando un cráter de arena cristalizada.

—Así está mejor, no quiero sorpresas —dijo la criatura—. Tranquila, no voy a matarte si no me obligas. De hecho, voy a hacerte parte de mí. Ya me has enseñado una valiosa lección sobre la duplicidad de vuestra especie; aprenderé mucho cuando examine tus recuerdos.

—¿Desde cuándo? —dijo la legionaria.

—Soy un Elegido desde la lucha en el laboratorio. Una de las tres extensiones de mi consciencia que encontrasteis... no, que encontramos allí —rectificó—, también lo era, y durante la refriega rompió mi armadura y me inoculó. —Uri tocó el parche plástico que seguía teniendo en el costado izquierdo—. La explosión me dio el tiempo necesario para tomar el control de este cuerpo y unirlo a mí. Acababa de presenciar lo peligrosos que sois, así que decidí esperar. Me costó un poco adaptarme y tuve que revisar mis recuerdos para saber cómo comportarme y qué hacer, pero nadie llegó a sospechar.

Carmela revisó todo lo que había pasado desde entonces. Recordó la tardanza en conectar los sensores de todos a su *pad*, contrapuesta a la rapidez en conseguir la clave de la puerta de la enfermería... las señales estaban ahí.

—Y no tuviste ningún reparo en sacrificar a tus compañeros —dijo la legionaria.

—No son mis compañeros, son yo, y no podía sacrificarlos igual que tú tampoco sacrificas a tus uñas cuando te las cortas. Lo cierto es que me vino bien para que nadie reparase en mí y decidí mantenerlo así.

Sigue haciendo que hable, pensó. Con todo lo avanzado que es, no sabe lo que es mentir y no sabe que cada segundo que estoy viva es un riesgo para él.

—Así que tú eras el Plan B.

—Sí, de esa forma me aseguraba mi supervivencia si lograbais acabar con mis otras manifestaciones. Además, me ha servido para aprender mucho de vosotros. La duplicidad que utilizaste conmigo era algo que nunca había experimentado antes.

Carmela abrió y cerró las manos. Tenía que estar preparada para actuar si quería seguir con vida y matar aquella cosa. Seguía cansada, pero sabía que cuando llegase el momento podría hacer un último esfuerzo. Tenía que hacer que contase.

—¿Y quieres asimilarme por haberte mentido?

—No, vas a formar parte de mí porque serás una excelente Elegida. Sabes hacer uso de los recursos a tu disposición para salir victoriosa en las peores condiciones y eso me será muy útil. Ahora, quítate el casco y la armadura.

La legionaria abrió los ojos, sorprendida.

—Si lo hago, moriré —dijo—. Mi especie no está adaptada a este clima.

—Tonterías. Hay treinta y nueve grados de temperatura exterior, que sé que puedes soportar durante el tiempo que tarde en inocularte. No quiero sorpresas, así que quítate la armadura.

No había otra salida, así que Carmela se quitó el casco y el calor del desierto la azotó en la cara. Respirar aquel aire era como respirar en un horno, pero no tenía otra opción. Con cuidado, tomándose su tiempo, fue despojándose de las diferentes partes de la armadura de combate, siguiendo el procedimiento estándar. Primero las manos, luego los brazos y después las piezas pectorales y de la espalda.

Mientras colocaba cada pieza en la arena a su alrededor, la legionaria se pasó la lengua por los labios, casi notando como se agrietaban, pero no sirvió de mucho. Debajo de la armadura llevaba un mono estándar de la legión, que le cubría todo el

cuerpo y que ya mostraba manchas de sudor en las axilas. La cabeza empezaba a dolerle por el calor.

—Termina —dijo Uri, dando un paso hacia ella.

Agachándose, manipuló los anclajes de las botas hasta que pudo sacarlas. Antes de sacar las piezas de las piernas, desenganchó de sus acoples magnéticos la pistolera ahora vacía de la pierna derecha y el botiquín que tenía en la izquierda.

Apretando los dientes, intentó por todos los medios no dejar que la sorpresa se reflejara en su rostro. ¡Se había olvidado del botiquín!

—Ya voy, no es tan fácil quitarse una armadura de combate con este calor.

Cogió el botiquín con la mano y manipuló el cierre para que quedara abierto mientras lo dejaba caer. Su contenido quedó en la arena y se dobló para ocultarlo con el cuerpo mientras manipulaba los anclajes de la pierna izquierda.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de la legionaria.

Tosió de forma bastante convincente, pues tenía la boca lo bastante seca para no tener que disimular. Mientras lo hacía apoyó la mano derecha en la arena caliente, cerrándola sobre el objeto que buscaba. Cerrando la mano, se apoyó sobre una rodilla y observó a Uri. El que había sido su compañero la miraba a unos tres metros de distancia, con su fusil apuntando al suelo.

—¿A qué esperas? Acaba de quitarte la armadura —dijo.

—Ahora mismo.

En ese momento se levantó, dio un paso y se impulsó con todas sus fuerzas hacia la criatura. Esta intentó disparar pero Carmela chocó antes contra ella, haciéndola caer al suelo. La legionaria se colocó encima de su antiguo compañero y puso su rodilla sobre el brazo que llevaba el fusil.

—¿QUÉ HACES, ESTÚPIDA? ¡NO PUEDES HACER NADA CONTRA MÍ!

Carmela abrió la boca para hablar, pero lo único que surgió fue un rugido de rabia. Con la mano derecha, activó el escalpelo láser que había sacado del botiquín y lo clavó en la placa facial del casco, a la altura de la frente.

Un rodillazo de la criatura en su espalda casi la hizo caer, pero Carmela aguantó el dolor y mantuvo el escalpelo en su lugar. Lo puso a máxima potencia y trazó un círculo sobre la placa, soportando los golpes que le daba aquel ser, cada vez más fuertes. Cuando lo acabó, tiró de ella y dejó el rostro de Uri al descubierto, cubierto de nuevo por la maraña de circuitos.

—¡LA VOLUNTAD DEL ENJAMBRE NO PUEDE SER NEGADA!

Gritando como una loca, Carmela clavó una y otra vez el escalpelo, que seguía emitiendo un haz de láser a su máxima potencia, en la cabeza de Uri. Los gritos de la criatura se unieron a los suyos durante varios segundos, hasta que el silencio se hizo de nuevo en el desierto.

Tras unos minutos, la legionaria se levantó a trompicones y caminó en dirección a la lanzadera sin mirar atrás.

Después del calor del desierto, la climatización de la lanzadera era un paraíso. Carmela buscó en un armario de suministros, hasta que encontró botellas de agua y se obligó a beber de ellas en pequeños sorbos. Después de tomar dos botellas y echarse otras dos por encima, se sintió lo bastante bien como para ir a la cabina de mando. Se dejó caer en el sillón del piloto y cerró los ojos por un instante.

Cuando los abrió de nuevo, la noche había caído sobre el desierto. Estaba realmente derrotada y no sabía cuántas horas había dormido, pero al menos había tenido el buen sentido de cerrar la lanzadera antes de hacerlo.

Activó el sistema de hiperonda y abrió un canal hacia la *Conquistador*.

—*Conquistador*, aquí la lanzadera L2018 desde Kanar III. Soy la teniente Carmela Engert, única superviviente de la expedición. Ponedme con el comandante Elliot.

Sin esperar respuesta, Carmela fue a por más agua y un mono limpio. Cuando volvió, una luz verde parpadeaba en una de las consolas.

—¡Carmela! —El rostro del comandante Elliot apareció en la holopantalla y la legionaria se sorprendió de ver que no estaba afeitado, como era habitual en él—. Por fin podemos contactar con vosotros.

—Sí, comandante, por fin —dijo, bebiendo otro sorbo de agua y sintiendo su cara demasiado caliente—. Es una historia muy larga, señor, pero vamos a necesitar ayuda aquí abajo. Jamás creería lo que nos ha pasado.

—Lo siento, teniente —contestó Elliot con el semblante serio—. Recibiré tu informe cuando estés de nuevo en la *Conquistador*, pero no podemos usar más recursos en este planeta. La situación ha cambiado.

—No lo entiende, señor. Aquí abajo puede haber representantes de una raza desconocida que es un peligro para la Unión Galáctica de Planetas.

—No, Carmela, tú no lo entiendes. Hemos recibido órdenes del Alto Mando de la Legión y estábamos a punto de iniciar un salto al espacio hiperlumínico cuando recibimos tu mensaje. Corona está siendo atacada, y todo apunta a que son los treyanos otra vez.

Carmela abrió los ojos y la botella cayó de su mano, empapándola en agua.

—Siento lo que ha pasado ahí abajo, pero las prioridades son otras. Así que sube ahora mismo a la *Conquistador* o te quedarás en Kanar III —dijo Elliot—. La Unión está en guerra y necesita a la Legión.

Índice de contenido

Cubierta

Asalto en Kanar III

Nota del editor digital

Segunda nota del editor digital

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

13

14

Asalto en Kanan III



Miguel Ángel Alonso Pulido Lectulandia

